



APACHE

EL MAPACHE TRAVIESO

VERALEE WIGGINS

VERALEE WIGGINS



DEDICATORIA

Para Justin y Jeff:
sean siempre amables
con los animales.

TABLA DE CONTENIDO

¡Precaución! Un importante mensaje del editor	8
1 - ¡Mapache a la vista!	10
2 - ¿Sobrevivirá el bebé mapache?	20
3 - En busca de un nombre	28
4 - El ángel guardián de Apache	38
5 - El banquete de Apache	48
6 - Un sombrero de mapache	58
7 - Apache aprende a orar	68
8 - Aventuras en Clay Creek	78
9 - El misterio del grifo de agua	86
10 - Mapaches y más mapaches	96
¡A jugar!	105
Respuestas	116



**¡PRECAUCIÓN!
UN IMPORTANTE MENSAJE
DEL EDITOR**

Esta historia tuvo lugar hace varios años. En esa época y en el lugar donde vivía la familia, los mapaches casi siempre gozaban de buena salud y eran amigables con los humanos. Sin embargo, eso no es así en la actualidad. En muchos lugares, los mapaches salvajes están infectados con rabia, una enfermedad muy peligrosa que mata lentamente a los mapaches. Mientras están enfermos con rabia, estos mapaches deambulan cerca de las casas, enloquecidos, y son muy peligrosos para las personas.

Muchas personas son mordidas cuando intentan acariciar o capturar a un mapache salvaje. A través de estas mordidas, la rabia puede infectar a los humanos. Entonces el humano también puede enfermarse gravemente y morir.

Es triste, pero es cierto. No es seguro acercarse o intentar acariciar a cualquier mapache que encuentres al aire libre. Incluso los mapaches pequeños pueden morderte si están enfermos.

Ten mucho cuidado con los animales salvajes. Si ves uno que actúa de manera extraña, caminando raro o acercándose demasiado a una casa, avisa a un adulto. No intentes domesticar a un mapache salvaje. Ten cuidado con cualquier mapache que veas. Quiero asegurarme de que estarás sano para leer la próxima aventura sobre uno de los amigos de Julius.



CAPÍTULO

1

¡MAPACHE A LA VISTA!

Cris ingresó en la casa a toda velocidad y exclamó:
—¡Abuela, abuela! ¡Tenemos que hacer algo!
La abuela de Cris respondió desde lo alto de las escaleras.

11

—Cris, estoy aquí, arriba. ¿Qué pasa?

Cris estaba tan agitado que apenas podía hablar:

—Afuera... atrapó un mapache... tenía crías en una jaula.

—Cris, intenta hablar más despacio —pidió la abuela, dando una palmadita en el hombro a Cris—. Respira un poco.

En ese momento, apareció el hermano pequeño de Cris, Santiago:

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

Finalmente, Cris recuperó la compostura:

—El señor Montgomery atrapó un mapache hace unos días y lo puso en una jaula. El mapache tuvo crías, así que dejó la jaula abierta para que pudieran irse.

—¿Bebés de mapache? —preguntó Santi.

Cris continuó:

—La mamá mapache se fue y se llevó a todos sus bebés, excepto uno. El bebé abandonado ha estado llorando y llorando;

se lo ve muy débil. ¡Y el señor Montgomery dice que habrá que sacrificarlo!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Santi—. ¿Quieres decir que lo van a matar?

Cris asintió lentamente, apenas conteniendo las lágrimas.

—¿Por qué la madre mapache no regresa a buscarlo? No debería tener que morir. ¡Alguien debería encargarse de él!

La abuela le dio otra palmadita.

—Cris, no sé por qué la mamá mapache no regresó. Pero no podemos arreglar eso. ¿Qué crees que debería pasarle a ese bebé mapache?

—Bueno... Alguien debería ayudarlo hasta que sea lo suficientemente grande y pueda cuidarse solo —declaró Cris.

La abuela asintió y sonrió.

—Sabía respuesta. ¿Y quién se ocupará de hacer eso?

Cris no tenía ni idea.

La abuela lo señaló con uno de sus dedos más largos.

—Cuando quieres algo, ¿a quién debes pedirle que lo haga?

Cris pensó un momento. No se le ocurría qué responder.

La abuela soltó una carcajada.

—Cris, si quieres que algo sea hecho, hazlo tú mismo.

Cris parpadeó y pensó. “¿Debo ocuparme del mapache yo mismo? Yo debo ir a la escuela. Además, ¿qué pasará si lo rescato, pero muere de todos modos?”.

—Cris—la voz de su abuela nunca había sonado más amorosa—, ¿podría Dios estar pidiéndote que cuides de esta pequeña criatura indefensa?

Cris miró los ojos brillantes de la abuela.

—Lo haré si me dices cómo.

La abuela tomó su mano y lo puso de pie con suavidad.

—Esto es lo que haremos: Tú irás a buscar al bebé mapache y yo llamaré a una amiga que cría gatos persas. Estoy segura de que el alimento para un gatito bebé funcionará para tu mapache.

—¿Mi mapache? ¡No puedo creer que tendré un mapache!

La abuela le hizo un gesto para que se apresurara.

—Bueno, ve a buscarlo. Entonces lo crearás.

Cris salió corriendo de la casa. Minutos más tarde, estaba frente a la puerta del señor Montgomery. Cuando la puerta se abrió, Cris sintió un poco de vergüenza por el pedido que iba a hacer.

—Yo... eh... Mi abuela y yo nos preguntamos si podríamos intentar salvar al pequeño mapache. Quiero decir, si nos permitirías tenerlo.

Las palabras salieron lentamente de su boca.

El señor Montgomery parecía sorprendido, pero enseguida sonrió.

—Seguro. Puedes quedártelo. Está en la jaula.

Luego, cerró la puerta con cuidado. Cris sintió que su corazón latía desbocado mientras se acercaba a la jaula y buscaba dentro. Con cuidado, abrió el nido peludo y metió la mano. Entonces, sintió algo cálido. ¡Y diminuto! Su mano se cerró alrededor del animal y lo sacó.

Cris echó un vistazo al pequeño mapache y lo metió dentro de su camisa. Procuró no distraerse con nada y corrió a casa más rápido que nunca. Mientras corría, oraba en silencio: “Gracias, Jesús, por dejarme intentar salvar a este mapache. Por favor, por favor, ayúdame a cuidarlo bien para que pueda vivir y crecer”.

—¡Abuela, ven a verlo! —gritó, cerrando de un golpe la puerta principal.

La abuela salió apresurada de la cocina.

—Cris, mi amiga me explicó cómo mezclar la fórmula para gatos bebé—dijo—, pero tendremos que ir corriendo a su casa a buscar un biberón.

De repente, se detuvo y miró a Cris.

—¿Dónde está el mapache?

En ese momento, Cris sacó al bebé mapache de su camisa y lo sostuvo en la palma de su mano. Su cola apenas colgaba



del borde. Cris podía ver una fina línea donde los ojos, que ahora estaban bien cerrados, se abrirían algún día.

¡Era muy lindo!

Un espeso pelaje gris claro cubría el pequeño cuerpo, pero el pelaje era mucho más claro y fino debajo de la barriga. Aun no se veía la coloración más oscura en la pequeña cara. Tampoco se veían anillos en la pequeña cola gris. El pelaje terminaba en las muñecas del mapache, por lo que sus pequeñas manos marrones quedaban casi al descubierto. ¿Manos? Parecían más manos que patas.

El bebé apenas se movía, pero emitía un débil sonido de llanto. Cris miró a la abuela.

—No está muy bien. Será mejor que lo alimentemos rápido.

La abuela asintió y tomó su bolso.

—Toma una toalla para envolverlo y salgamos cuanto antes.

La amiga de la abuela, la señora Dearborn, tenía un biberón pequeño en la mano cuando abrió la puerta.

—Pasen, pasen —dijo—. Tengo un biberón tibio listo para su bebé mapache.

La señora Dearborn asentía con la cabeza mientras abría la toalla y miraba al animal.

—¿Acaso no es precioso? —dijo mientras sacudía el biberón y dejaba caer una gota de leche en la parte interior de su muñeca.

Luego, se sentó en el sofá, abrió suavemente la pequeña boca del mapache y metió el biberón, pero el pequeño animal se negó a succionar. El débil animalito luchaba mientras la señora Dearborn metía gotas de leche tibia en su boca. Finalmente, el mapache se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Cris lo observó buscar la punta del biberón. La señora Dearborn miró a Cris con una sonrisa.

—Probablemente, tendrás que insistir unas cuantas veces. Pero una vez que aprenda a tomar leche, te será mucho más fácil alimentarlo que ahora.

—¿Con qué frecuencia debo alimentarlo? ¿Y qué cantidad de leche debo darle? —preguntó Cris, mientras observaba cómo la leche desaparecía del pequeño biberón.

—Dale de comer tanto como quiera y con tanta frecuencia como quiera, si puedes —dijo, sosteniendo el biberón en un ángulo más inclinado para permitir que la leche entrara en la tetina—. Creo que beberá aproximadamente media taza de leche cada dos horas.

Cris jadeó.

—¿Cada dos horas? ¿Incluso por la noche?

La mujer asintió con una sonrisa cómplice.

—Puedes ponerlo donde no oigas sus llantos si no quieres que te moleste. Pero debes alimentarlo durante la noche por un tiempo. Está muy deshidratado.

Cris escuchó un fuerte sonido de succión y la señora Dearborn sacó el biberón de la boca del mapache. El bebé comenzó a retorcerse y a llorar de nuevo.

—Parece que me equivoqué —dijo—. Acabamos de darle de comer, pero quiere más.

Miró a Cris y se encogió de hombros.

—Yo crío gatitos, no mapaches, así que, tendrás que aprender sobre la marcha.

Se puso de pie, todavía abrazando al mapache.

—Vamos a pesar a este bebé... —dijo y colocó al mapache en una báscula pequeña—. Si restamos la leche que ha bebido, no llega a pesar cien gramos.

Cris se levantó y tomó al bebé, que lloraba.

—Vamos, abuela. Lo alimentaré tan pronto como lleguemos a casa. Muchas gracias, señora Dearborn.

De vuelta a casa, Cris le mostró el pequeño mapache a su padre. Su hermano, Santi, no se conformó con mirarlo:

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó.

—No —dijo Cris rápidamente y sin dudar—. Primero, debo alimentarlo más.

Cris se dirigió a la cocina y preparó leche de fórmula en el biberón

—Este biberón tiene media taza. ¿Crees que lo tomará todo?

—No se pierde nada con probar—dijo la abuela—. Lleva dos días sin comer, así que será mejor que le demos suficiente alimento, al menos esta noche.

Unos minutos más tarde, Cris, la abuela y el mapache estaban sentados en la sala de estar. Cris sostenía al bebé boca arriba, exactamente como lo había hecho la señora Dearborn.

—Solo tengo dos manos, abuela—se lamentó Cris—. ¿Podrías abrirle la boca?

Entonces, tocó la pequeña nariz con el biberón y el mapache le arrebató la tetina antes de que la abuela llegara a tocarlo.

—¡Guau!—se sorprendió Cris—, es más inteligente que un gato.

El bebé tomó la mitad del biberón y se quedó dormido. La tetina se le resbaló de la boca relajada.

—¡Lo hemos logrado!—celebró la abuela—. Ahora, ¿quién se levantará primero para volver a alimentarlo? Nos turnaremos para asegurarnos de que reciba toda la leche que necesite.

—Gracias, abuela, pero seré yo quien se levante cada vez que necesite comer. Si es mi mascota, es mi responsabilidad.

NOMBRE CIENTÍFICO: PROCYON LOTOR

Peso al nacer: como una manzana pequeña (de 60 a 75 g).

Tamaño: del tamaño de una mano (de 9 a 12 cm).

Alimentación: solo toman leche de su mamá.

Cuántos nacen: entre 2 y 5 hermanitos.

Crecimiento:

A las 3 semanas miran el mundo por primera vez.

A los 2 meses empiezan a salir de la madriguera.

A los 3 meses juegan y prueban nuevos alimentos.



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Qué harías tú si encontraras a un animalito solo y en peligro?
2. Cris decidió ayudar al mapache. ¿Por qué crees que fue una buena decisión?
3. Así como los animales, las personas también necesitan ser cuidadas. ¿Qué significa para ti cuidar de alguien más?

¿SOBREVIVIRÁ EL BEBÉ MAPACHE?

La abuela sonrió.

—Asegúrate de lavar bien el biberón después de cada toma. Y si me necesitas, solo llámame.

Luego, bostezó y se dirigió a su dormitorio.

Después de buscar una cama apta para mapaches, Cris decidió que lo mejor sería llevarlo a dormir con él, en su cama, pues lo escucharía mejor si lloraba. Así que lo envolvió en una toalla grande para evitar que se escapara y la puso detrás de él, contra la pared.

Apenas Cris había cerrado sus ojos cuando sintió que la toalla se movía. Sacó su linterna de debajo de la almohada y revisó. El mapache no lloraba, pero se movía. Sin demora, Cris salió de la cama y lo llevó a la cocina.

La abuela entró tambaleándose antes de que pudiera calentar la leche.

—¿Está todo bien?

—Claro. El bebé mapache comenzó a moverse, así que, aquí estamos.

Cris se echó una gota de leche en la muñeca.

—No está demasiado caliente ni demasiado fría. Tiene la temperatura justa —anunció.

La abuela sonrió y regresó a su habitación.

—Tranquilo, pequeño amigo —dijo Cris, mientras empujaba la tetina contra la boca del bebé mapache.

Al instante, el bebé succionó la tetina con la boca y tiró con fuerza.



A la mañana siguiente, Cris pensó que no podría despegar los ojos lo suficiente como para ir a la escuela.

—¿Cuántas veces te levantaste anoche para alimentar al mapache? —preguntó la abuela.

22

Cris negó con la cabeza.

—No me acuerdo, abuela. Solo sé que lo alimenté varias veces y luego volví a la cama. ¿Tengo que ir a la escuela? Oh, ¿quién lo va a alimentar mientras no estoy?

La abuela sonrió.

—¿Quién crees? —preguntó.

Cris finalmente se preparó para ir a la escuela.

—El mapache toma un poco más de media taza de leche por vez, abuela —explicó mientras cruzaba la puerta.



Aquella noche, Santi pidió que le permitieran alimentar al bebé mapache.

—Por favor, Cris. Solo una vez —suplicó Santi.

—De acuerdo, pero solo una vez.

Cris se puso de pie junto a Santi para asegurarse de que el mapache fuera atendido correctamente. Luego, se lo llevó a la cama y lo alimentó durante la noche, cada vez que lloraba.

Al final de la semana, Cris debía llenar el biberón dos veces en cada toma para satisfacer al mapache.

—Tal vez podríamos encontrar un biberón más grande —sugirió—. No me molesta durante el día, pero por la noche estoy demasiado cansado para levantarme a llenarlo dos veces.

—El mapache tiene una boca bastante grande —dijo la abuela—. Tal vez podría usar un biberón común.

Unos días más tarde, Cris y la abuela compraron un biberón de ciento veinte mililitros. Al principio, el mapache notó la diferencia y tuvo que esforzarse un poco, pero enseguida aprendió y bebió todo el contenido con rapidez, tal como lo había hecho con el biberón anterior.



23

—Cris —dijo la abuela un día—, aquí tengo una balanza. ¿Quieres ver cuánto pesa el bebé mapache ahora?

Colocaron una toallita sobre la balanza, la calibraron en cero y luego colocaron al mapache dormido sobre ella.

—¿Ciento cuarenta gramos? ¡No lo puedo creer! —exclamó Cris—. Eso significa que no morirá, se pondrá bien. Ahora puedo contarle a la gente que tengo un mapache de mascota.

La abuela levantó la vista, con una expresión preocupada en su rostro.

—Yo no se lo diría a todo el mundo, Cris. El bebé aún es pequeño y no es bueno que mucha gente se acerque a tocarlo.

La abuela tenía razón, así que Cris no se lo dijo a nadie.

Todos los días, Cris aseaba al pequeño mapache con una toallita húmeda y tibia. Y todos los días lavaba las toallas en las que dormía el animal. Una tarde, mientras lavaba al mapache, recordó un versículo de la Biblia.

“¿Cómo era?”, pensó. “Algo así como: ‘En lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré’”.

—Oh, no—exclamó Cris en voz alta—. Amo a un mapache, pero no necesito muchos. Gracias, Dios. He sido bastante fiel con mi mascota, ¿verdad? Pero aún necesito que me ayudes.



Una noche, Cris llamó a la abuela.

—Mira, ya se está formando su máscara negra. Y los anillos en su cola. Casi puedo contarlos.

La abuela acarició al animal mientras examinaba las marcas, apenas visibles. Sus ojos brillantes se encontraron con los de Cris.

—Es un mapache, definitivamente.



Una noche, Martín, uno de los amigos de Cris, vino a pedir ayuda con su tarea de matemáticas. Mientras los chicos trabajaban en el comedor, Santi entró.

—Tu mapache está gritando otra vez—anunció.

Martín saltó de su silla.

—¿Un mapache?—gritó—. ¿Dónde?

Cris miró a Santi con disgusto. Ahora tendría que contarle la historia a su amigo.

—¿Recuerdas que los Montgomery habían atrapado a un mapache salvaje y lo habían guardado en una jaula?

—Sí, lo recuerdo. Pero lo soltaron.

—Claro—dijo Cris—. Pero tenía crías, y cuando la madre mapache se las llevó, dejó una atrás. Casi muere. Pero la abuela me dejó preguntar a los Montgomery si podía quedármela y tratar de salvarla. Así que estoy tratando de criarla.

—¿Puedo verla?—preguntó Martín.

—Obvio—dijo Cris—. Puedes verme darle de comer.

Martín miró todo el proceso con entusiasmo. El animalito succionó con tanta fuerza que la pequeña botella se llenó de burbujas.

—Déjame darle de comer—pidió Martín.

—No, es demasiado pequeño—dijo Cris—. Cuando sea un poco más grande, podrás hacerlo.

Martín frunció el ceño.

—No le haré más daño que el que tú podrías hacerle... De todos modos, ¿cómo conseguiste que aprendiera a usar el biberón?

Cris explicó:

—Mi abuela tiene una amiga que cría gatos persas. Ella nos ayudó. Yo tengo que levantarme muchas veces todas las noches para alimentarlo. No importa lo cansado que esté, me levanto una y otra vez. Tengo que lavarlo todos los días y limpiar sus desastres. No es pura diversión, Martín.

Martín asintió.

—Supongo que tienes razón. Pero ¿puedo ayudarte con él a veces? Ah, por cierto, ¿cómo se llama tu mapache?

—¿Nombre? He estado tan ocupado cuidándolo, tratando de dormir un poco y haciendo mis tareas que ni siquiera había pensado en ponerle nombre. ¿Qué nombre se le puede poner a un mapache, de todos modos?

—¿Es macho o hembra?—preguntó Martín.

Cris se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Bueno, será mejor que lo averigües y le des un nombre. ¿Por qué no lo llamas Bandido? Parecerá un bandido cuando tenga una máscara oscura.

—Mmm—dijo Cris mientras pensaba—. Tal vez. Pero ahora no hace nada realmente, excepto dormir. Cuando comience a hacer algo, será más fácil ponerle nombre.



—Papá—dijo Cris una noche, después del culto—, Martín dice que debería ponerle un nombre al bebé mapache. ¿Conoces algún buen nombre para un mapache?

—La verdad es que no —dijo papá—. ¿Por qué no haces una breve investigación sobre los mapaches y ves qué se te ocurre?

Papá se dio la vuelta, pero luego se detuvo.

—Pensándolo mejor, Cris, ¿por qué no le das el mapache a Martín? Así él podría preocuparse de alimentarlo toda la noche y de ponerle nombre.

“¿¡Darle mi mapache a Martín?!”. Cris apenas podía respirar. “¿Acaso papá me obligará a regalar mi nueva mascota?”.

ETAPAS DEL CRECIMIENTO: CARACTERÍSTICAS

Crías (0–2 meses): Cuando nacen, no ven ni oyen, y tienen poco pelo. Dependen totalmente de la madre para alimentarse y calentarse. Abren los ojos por primera vez recién a las tres semanas. De a poco, empiezan a moverse y a explorar la madriguera. Hacen pequeños sonidos todo el tiempo para comunicarse con su mamá.

Juveniles (2–6 meses): Empiezan a salir de la madriguera bajo el cuidado de su madre. Copiando a su mamá, aprenden a buscar alimento hurgando y trepando árboles. Crecen muy rápido y desarrollan su típica máscara negra y el anillo de la cola. Son muy juguetones y curiosos, y, de a poquito, comienzan a hacerse amigos de otros mapaches.

Subadultos (6–12 meses): Siguen creciendo y ya casi llegan al tamaño de un mapache adulto. Dejan a su familia y buscan su propio territorio. Comienzan a comer nuevos alimentos, como frutas, insectos, huevos y pequeños animalitos.

Adultos (1 año en adelante): Por fin llegan a su tamaño de adultos: miden entre 40 y 70 cm y pesan entre 3 y 9 kilos. Se convierten en excelentes trepadores y nadadores, y comienzan a vivir más por la noche porque son animales nocturnos.

Si están en la naturaleza, pueden vivir de 2 a 5 años, aunque algunos llegan a vivir hasta los 15 años.



HABLEMOS SOBRE...

1. Cris se levantó muchas veces a la noche para alimentar a su mapache. ¿Qué nos enseña eso sobre la responsabilidad?

2. ¿Qué significa para ti la paciencia? ¿De qué manera podemos ser pacientes con los demás?

3. Completa la frase: *Cuidar de otro es difícil, pero también es...*

EN BUSCA DE UN NOMBRE

Cris estaba demasiado angustiado para hablar.

—¿Darle mi mapache a Martín? Papá, yo amo a mi mascota. Y la abuela también le tiene cariño.

Papá asintió.

—Entonces será mejor que te lo quedes. Pensé que tal vez te estabas cansando de atenderlo. Estoy orgulloso de ti, Cris. Has asumido una gran responsabilidad.

29



Una noche, Cris se despertó y sintió algo cálido contra él. Se agachó y encontró al mapache acurrucado contra su espalda.

—¿Cómo lograste salirte de tu toalla?—le preguntó al bebé inquieto.

Después de alimentar al mapache, lo envolvió nuevamente en la toalla y lo puso contra la pared.

Pero más tarde, Cris lo encontró acurrucándose a su lado nuevamente. Desde entonces, y aunque sus ojos todavía estaban cerrados, el mapache siempre se acurrucaba contra el cuerpo cálido de Cris para dormir.

Una noche, durante la cena, Cris apenas podía esperar a que terminara la oración por los alimentos. Tenía algo que contarle a papá y a todos los demás.

—Tengo un nombre para el mapache —dijo tan pronto como terminó la oración.

Papá levantó la vista.

—¿Cuál?

—He leído que algunas tribus indígenas tenían distintos nombres para los mapaches —comenzó Cris—. Una de las tribus llamaba a los mapaches "*wica*", que significa "hombrecito". ¿No es genial? El libro decía que los indígenas pensaban que los mapaches eran los animales más inteligentes y que tenían manos y pies como los de una persona.

Papá dejó el tenedor en el borde del plato y apoyó los codos en la mesa.

—Entonces, ¿quieres llamarlo Wica?

—Sí. ¿Te gusta?

Papá tomó el tenedor, pinchó un trozo de papa y lo sostuvo en el aire.

—Wica. Sí, es un buen nombre.

—Me gusta —dijo Santi—. ¿Y a ti, abuela?

La abuela dudó:

—Quizás algún día sea un "*wica*", pero en este momento no es más que una pequeña bola peluda, pequeña y frágil como un mosquito.

—El libro explicaba que los mapaches hacen más sonidos diferentes que cualquier otro animal —dijo Cris—. El mío ya los hace. Su voz suena un poco rasposa cuando tiene hambre, y se hace más suave cuando está lleno. También ronronea cuando está comiendo. Incluso hace una especie de gruñido alegre mientras duerme.

—Tal vez deberíamos llamarlo "mil voces", dijo Santi.

Cris sacudió la cabeza.

—Su nombre será Wica.

Los labios de la abuela se curvaron en una amplia sonrisa.

—Me costará un poco llamarlo así. No es un hombrecito. Más bien parece un mosquito diminuto. Tal vez, cuando parece que está ronroneando, en realidad, está zumbando —dijo, y se tapó la boca con la mano para ocultar su risa.



Dos días después, la abuela llamó a la puerta del dormitorio de Cris.

—La señora Dearborn está aquí —dijo cuando Cris la invitó a pasar—. Quiere ver a tu mapache.

Cris puso un lápiz dentro de su cuaderno de matemáticas para no perder la página en la cual estaba trabajando y lo cerró. Luego, levantó con cuidado al bebé mapache y bajó las escaleras corriendo.

—Hola, señora Dearborn —saludó Cris mientras ponía al animal dormido en los brazos de ella.

—¡Oh, es precioso! —dijo—. Casi se puede decir que es un mapache hecho y derecho. ¿Ves la fina máscara que se está formando alrededor de su cara?

La señora Dearborn señaló las tenues rayas de la cola y las contó:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Y la punta de su cola también es oscura. Así que siete en total.

Entonces miró a Cris, que todavía estaba de pie junto a ella, y le dijo:

—¿Alguna vez te detuviste a pensar que cada vez que nace un bebé es un milagro de Dios? Hacer un bebé perfecto es un milagro, pero hacerlo igual al resto de su especie es otro. ¿No es Dios bueno con nosotros, Cris?

Cris realmente no lo había pensado de esa manera. Pero, ahora que lo había hecho, tenía sentido.

—Claro que sí, señora Dearborn.

Ella sonrió y acarició la cabeza del mapache un poco más.

—Dime, Cris, ¿estoy sosteniendo a un macho o una hembra?



Cris se encogió de hombros y sonrió con ironía.

—Un macho, supongo.

—Bueno, averigüémoslo ahora mismo.

Dio vuelta al mapache un momento. Luego lo puso de nuevo en su regazo, y acarició su cabeza con suavidad.

—Es una hembra, Cris. ¿Cómo la has llamado?

¡Una hembra! Por fin lo sabía: su pequeña mascota era una hembra. Cris se dio cuenta de que la señora Dearborn le había preguntado por el nombre, pero él aún no había dado una respuesta.

—Se llama Wica. Su nombre significa "hombrecito" en el idioma de un pueblo indígena.

—¿"Hombrecito"? —repitió la señora Dearborn fingiendo estar sorprendida—. Cris, no puedes llamar a una hembra "hombrecito".

La abuela se echó a reír y Santi se le unió:

—Es verdad, Cris. ¡Eso suena muy raro!

—Supongo que tienen razón —respondió Cris y se sentó.

Se había esforzado tanto para encontrar el nombre perfecto. No se sentía capaz de encontrar otro que le sonara tan bonito.

—Bueno —dijo sonriendo débilmente—, investigaré nuevamente para encontrar un nombre.

—¿Qué te parece "Apache"? —dijo Santi—. ¿Por qué no la llamas Apache y acabas con tu búsqueda?

—Apache —repitió Cris, pensativo.



• Unos días después, Martín estaba de visita, justo para la hora de comer del mapache. Cris calentó el biberón, derramó una gota de leche sobre su muñeca y se sentó en una silla para alimentarla. La bebé mapache tomó el biberón entero, aproximadamente 150 mililitros.

—Se está poniendo muy lindo —observó Martín—.

El mapache emitió sonidos de ronroneo y sus cuatro patas rodearon el biberón.

—¿Cuándo crees que podría alimentarlo?

—Yo puedo alimentarlo siempre que quiera —informó Santi.

—Si tú, que eres un niño pequeño, puedes alimentarlo, entonces yo también puedo —concluyó Martín al tiempo que tomaba el biberón e intentaba retirarlo de la boca del mapache.

Para sorpresa de todos, el mapache no soltó el biberón, sino que lo apretó con más fuerza. Con firmeza, cerró sus patas alrededor del biberón y succionó ruidosamente.

Todos se rieron.

—La abuela tiene razón —dijo Cris, mientras ayudaba a Martín a alimentar a la bebé—. No es más grande que un mosquito, y también se pega como uno. Por cierto, su nombre es Apache.



Apache creció casi tan rápido como la picadura de un mosquito. Un día, sus ojos comenzaron a abrirse. Una semana más tarde, podía ver lo suficientemente bien como para seguir con la mirada cada movimiento que hacía Cris.

Cierto día, Cris irrumpió en su habitación después de la escuela y arrojó sus libros sobre el escritorio. De su escritorio, sacó su cuaderno y una manzana que había escondido. Abrió su libro de matemáticas y leyó la primera pregunta.

De repente, miró por casualidad dentro de la caja de Apache. Ella estaba acostada boca arriba, completamente despierta.

—Hola, Apache —la saludó.

Luego miró de nuevo

—¿Qué estás haciendo?

Los ojitos oscuros de Apache brillaron mientras sostenía su pequeña mano en alto y le daba vueltas una y otra vez. Luego, levantó la otra mano y la hizo dar vueltas en el aire de

APACHE, EL MAPACHE TRAVIESO

la misma manera. Cris tomó a su mascota en brazos y miró sus patas delanteras.

—¿Pasa algo? ¿Te pasó algo en tus pies?

Como no encontró nada, corrió hasta el descanso de la escalera para buscar a la abuela.

—¡Abuela, ven rápido! Algo le pasó a las patas de Apache.

La abuela dejó caer su tejido y subió corriendo las escaleras.

Cris corrió hacia la caja y encontró al mapache sobre su espalda otra vez, sosteniendo sus patas delanteras en el aire, dándoles vueltas una y otra vez.

—¿Lo ves, abuela?—dijo, señalando la caja— ¿Qué le pasa?

36

DISTINTOS NOMBRES SEGÚN LA REGIÓN

Mapache: es el nombre más conocido en casi todo Latinoamérica.

Oso lavador: es muy común en Sudamérica (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Chile y Uruguay).

Existen otras formas de llamarlos, como **gato manglatero** (Panamá) o **tlacomiztli** (náhuatl).

EN BUSCA DE UN NOMBRE



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Por qué crees que es importante ponerle un nombre especial a una mascota?

2. ¿Qué nombre divertido le hubieras puesto tú a Apache?

3. ¿Cómo demuestra Cris que realmente quiere a su mapache?

EL ÁNGEL GUARDIÁN DE APACHE

La abuela observó a Apache un momento y luego soltó una risa.

39

—No pasa nada, Cris. Recuerdo cuando tú hiciste exactamente lo mismo que Apache está haciendo ahora. Ella descubrió sus manos y ahora está aprendiendo cómo funcionan.

Cris también sonrió.

—Tienes razón. Ahora me doy cuenta.

La abuela se sentó a su lado, sobre la alfombra.

—¿Ves cómo sus patas delanteras se parecen más a manos que a pies?—preguntó la abuela—Y mira cómo sus manos giran en todas direcciones, al igual que las manos de las personas.

—¿Las patas de un gato podrían girar así?—preguntó Cris.

La abuela negó con la cabeza.

—No, no. Si bien las patas delanteras de un gato se retuercen y giran mucho más que las de un perro, nunca podrán girar como las de este pequeño mapache. De modo similar,

un perro no puede girar sus patas delanteras hacia los lados. Por alguna razón, nuestro maravilloso Creador les dio a los mapaches patas, o manos, muy elegantes. Estoy ansiosa por ver lo que Apache podrá hacer con sus manos. No tejerá, como yo lo estaba haciendo cuando me llamaste, pero seguramente hará cosas divertidas.

Dos días más tarde, Apache dejó de prestar atención a sus patas delanteras y comenzó a tocar todo lo que estaba a su alcance. Pasó los dedos por los bordes de su toalla. Rascó su caja con sus largas uñas. Tocó su biberón y la tetina una y otra vez.

Un día logró llegar a la cara de Cris. Sus pequeños dedos morenos exploraron cada centímetro de su nariz, ojos, mejillas, orejas, boca y cabello. Hundió todo su brazo (de unos siete centímetros de largo) en el cabello de Cris, moviendo los dedos frenéticamente. Todo el tiempo, emitía ruidos débiles.

—Sin duda, eres el padre de Apache—dijo la abuela riendo.

Cris levantó la vista del sofá, donde estaba sentado con el mapache.

—Quisiera que sientas sus pequeñas manos, abuela. Es tan dulce. No se parece en nada a ningún otro animal.

La abuela se enderezó de golpe en su silla.

—Pero sí es un animal, Cris, y más vale que lo recuerdes. El mapache querrá ser libre cuando crezca. Ahora, solo la estás ayudando hasta que pueda cuidar de sí misma.

Cris se encogió en el sofá, apenas capaz de aceptar las palabras de la abuela.

—Supongo que tu recomendación es que no me encariñe demasiado con ella, ¿verdad?

La abuela se sentó a su lado y le tendió el dedo al mapache. Apache lo agarró y se lo llevó a la boca.

—No muerde, ¿verdad?—preguntó.

—No—respondió Cris—deja que se lo meta en la boca.

La abuela lo hizo, y el animal probó suavemente el dedo. Luego, recorrió toda la mano de la abuela con sus pequeñas manos marrones.

—Está aprendiendo todo lo que puede—observó la abuela.



Dos semanas después, mientras la familia cenaba, Cris escuchó un sonido suave que bajaba las escaleras dando tumbos. De repente, se oyeron alaridos fuertes y frenéticos al pie de la escalera. Cris se puso de pie de un saltó y fue a buscar a Apache, que estaba llorando.

—Papá, ¿podrías revisarla?—preguntó Cris mientras el mapache emitía sus lamentables gemidos.

Papá se limpió la barbilla con un pañuelo de papel, empujó su silla hacia atrás y tomó al mapache quejumbrosa.

—Veamos—dijo, pasando la mano por su columna vertebral.

Luego, tomó cada patita y la movió suavemente. También palpó cada costilla diminuta y pasó el dedo por su cuero cabelludo.

—No creo que tenga ningún hueso roto, hijo. Probablemente solo se haya golpeado. O simplemente está asustada.

—Voy a preparar un biberón—dijo la abuela—. Eso ayudará a calmarla.

Cuando Cris tomó el biberón, Apache se dejó caer boca arriba en su regazo y extendió la mano para tomarlo. Cuando se llevó la tetina a la boca, chupó tan rápido y fuerte que la leche espumosa corrió por los costados de su boca y sobre los brazos de Cris. Finalmente, emitió débiles sonidos gruñones seguido de un fuerte ronroneo.

—Supongo que lo peor ya ha pasado—dijo la abuela.

—Me siento mal por su caída—dijo el papá—. Sin dudas, se cayó por las escaleras porque estaba sola y nadie la vigilaba.

—De ahora en adelante, será mejor que la traiga cuando esté abajo—dijo Cris.

Papá le dio una palmadita en el hombro a Cris.

—Es una buena idea. Tú eres el cuidador de este animalito, Cris. Estoy seguro de que, de ahora en adelante, la cuidarás como si fueras su ángel guardián.

—Estoy de acuerdo —dijo la abuela—. Y también creo que ya es hora de que aprenda a usar una caja de arena. Me pregunto qué tan difícil será entrenarla para que haga sus necesidades en el lugar correcto. Me pregunto si se puede entrenar a un mapache de la misma manera que se entrena a un perro o un gato...



Al día siguiente, Cris y la abuela prepararon una bonita caja de arena y la pusieron en el lavadero. Cris puso al animalito dentro. El mapache husmeó un momento. Luego, hizo un charco. La abuela sonrió y asintió:

—Entrenar a un mapache es más fácil que entrenar a un perro o a un gato. Estoy muy contenta. Si esto no funcionaba, el mapache hubiera tenido que ir a vivir en la naturaleza.

El animal todavía era demasiado pequeño para encontrar el camino a la caja de arena. Así que, Cris o la abuela lo llevaban a menudo hasta la puerta del lavadero. Una vez allí, siempre corría y se metía en la caja para hacer exactamente lo que se suponía que debía hacer.



Un día, Cris encontró la caja de dormir de Apache vacía.

—Abuela, ¿has visto a Apache?

La abuela salió de la cocina secándose las manos.

—No la he visto, pero he estado muy ocupada. Mira a tu alrededor con cuidado para no pisarla sin querer.

Cris miró por todas partes en la sala de estar, alrededor de las sillas y la mesa del comedor.

En ese momento, la puerta principal se abrió y entró Santi.

—¿Has visto a Apache? —preguntó Cris.

Santi negó con la cabeza. Pero, por la su cara, Cris se dio cuenta de sabía algo.

—¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Santi.

—Sí, lo sabes —insistió Cris.

Luego, exigió:

—¡Dímelo ahora!

—De verdad, Cris, no lo sé —dijo Santi, ahogando un sollozo. Pero, luego, confesó:

—La saqué afuera por un minuto y desapareció. Busqué por todos lados. De verdad que lo hice.

Cris le dio un empujón a Santi al tiempo que corría hacia la puerta. Su mascota había crecido, pero no podía cuidarse sola. Tenía que encontrarla.

—Ven, Apache —llamó una y otra vez, buscando en el patio trasero.

Era tan pequeña que podía estar en cualquier lugar. Miró debajo de los arbustos y alrededor de los árboles.

Minutos más tarde, Santi se acercó.

—¿Dónde estaba cuando la perdiste? —preguntó Cris.

—La puse en el suelo, debajo de la hamaca y me puse a leer. Fueron solo unos minutos. Luego, se fue.

Cris tenía ganas de golpear a su hermano. Pero sabía que Jesús no quería que resolviera sus problemas de esa manera. Además, Santi parecía sentirse mal por lo sucedido.

Cris repitió el llamado:

—Apache, ven, Apache.

Entonces la vio. Apache levantó su pequeña patita y caminó a través de la hierba. Corrió directamente hacia él. Cris la levantó hasta su pecho para abrazarla. ¡Estaba empapada!

—Parece que ha estado en el arroyo. Santi, ¡podría haberse ahogado! Sus piernas no miden ni diez centímetros.

—Ya pedí disculpas —se quejó Santi—. No fue mi intención perderla. Y, de todos modos, el arroyo no es tan profundo, ¿verdad?

Los hermanos caminaron hasta el arroyo y se agacharon en el borde. Los grandes árboles que lo bordeaban formaban una sombra moteada sobre el agua.

—Supongo que el arroyo solo tiene algunos centímetros de profundidad en el borde, pero Apache está completamente mojada.

Apache se retorció e intentó acercarse al agua, pero Cris la abrazó.

Más tarde, papá y la abuela se rieron cuando Cris les contó sobre el primer viaje de Apache al arroyo.

—Estoy seguro de que esta no será su última visita al arroyo —predijo papá.

Unos días más tarde, el clima mejoró y el sol brilló con fuerza. Así que, cuando Cris llegó a casa de la escuela, tomó a su mascota y la llevó afuera.

—¿Quieres ir al arroyo? —preguntó mientras caminaban por el césped.

Cuando llegaron al pequeño y burbujeante arroyo, Cris dejó a Apache en el suelo. Ella brincó a través de la alfombra de agujas de pino hasta la orilla del agua. Una vez allí, metió la nariz en el agua, y luego toda la cabeza. Un segundo después, se sacudió hacia atrás, sintiéndose ahogada y escupiendo agua. Pero se recuperó casi al instante y se metió en el arroyo. El sol brillaba y formaba tenues destellos sobre el agua. Haciendo pequeños y felices sonidos de resoplidos, Apache bailó en el agua durante algunos minutos. Luego, se dedicó a atacar a los destellos. Finalmente, se propulsó con sus patas traseras y dio un gran salto, pero cayó de costado. Su nariz se hundió nuevamente en el agua. Cris la rescató con un movimiento rápido.

—Ahora entiendo cómo te mojaste el otro día —dijo.



Poco después, comenzó el mes de junio y la escuela terminó por el verano.¹ Ahora Cris podía estar con su pequeña amiga todo el tiempo.

Durante las vacaciones, Cris y Santi miraban tanta televisión como la abuela les permitía. Ella no los dejaba mirar mucho, y siempre se aseguraba de que los programas fueran de buena calidad. Apache siempre se recostaba en el regazo de Cris y generalmente pedía que le dieran de comer.

Una tarde, Cris calentó el biberón de Apache y se apresuró a regresar frente al televisor, pues no quería perderse ninguna parte del programa. La abrazó, la puso boca arriba y le dio el biberón. Apache agarró el biberón con fuerza, como siempre lo hacía, pero esta vez intentó girar la cabeza hacia el televisor. Enseguida, Cris se dio cuenta.

—¡Santi, abuela! —gritó—. ¡Vengan a ver esto!

¹Nota de la traductora: En los Estados Unidos, donde transcurre esta historia, el verano es de junio a agosto.

¿DÓNDE VIVEN LOS MAPACHES?

Los mapaches son animales que se adaptan muy bien y pueden vivir en muchos ambientes distintos.

Bosques: De hoja caduca y de coníferas.

Zonas ribereñas: Viven cerca de ríos, lagos y pantanos porque les gusta mucho el agua.

Praderas y sabanas: Siempre que haya árboles o escondites.

Zonas urbanas y rurales: Se adaptan muy bien a pueblos y ciudades. Viven en parques, jardines, desagües, áticos o graneros. Básicamente, van donde encuentran comida fácil, como basura, verduras de huertas y comida de mascotas.

Distribución geográfica

Nativos de Norteamérica: Desde Canadá hasta Panamá.

Introducidos en Europa y Asia: Hay poblaciones en Alemania, Francia, Japón y Rusia, donde se adaptaron rápidamente.

En Sudamérica: No son tan comunes. Solo hay en algunos lugares de forma aislada.

Para dormir y protegerse, usan:

- Huecos de árboles.
- Madrigueras abandonadas de otros animales.
- Cuevas, troncos caídos o incluso construcciones humanas.

En resumen, los mapaches pueden vivir casi en cualquier lado, siempre que haya agua cerca y alimento disponible.



HABLEMOS SOBRE...

1. Apache aprendió a usar sus manitos. ¿Qué cosas nuevas has aprendido tú últimamente?
2. Para ti, ¿qué significa ser "ángel guardián" de alguien?
3. ¿Cómo te sientes cuando tus amigos o tus hermanos hacen algo que te molesta? ¿Cómo reaccionas?



CAPÍTULO 5

EL BANQUETE DE APACHE

—¡Miren! ¡Mi mapache quiere ver la televisión!

Cris acercó el biberón hacia Apache de manera que no pudiera ver la televisión. Ella no soltaba la tetina, pero hacía todo lo posible por succionar y mirar la pantalla al mismo tiempo.

—No lo entiendo —dijo la abuela—. Nunca he oído hablar de un animal que mire televisión. Tendremos que observar y ver si realmente lo hace.

Cuando Apache terminó su biberón, Cris la puso en su regazo otra vez. Se dio la vuelta con la cara hacia la pantalla del televisor y no movió ni un músculo hasta que la abuela ordenó a los niños que apagaran el aparato y salieran a jugar al aire libre.



Una tarde, Cris y Martín llevaron a Apache al lago. Apache corrió hacia una pequeña roca y la dio vuelta ni bien Cris la dejó sobre la playa arenosa. Dos insectos intentaron alejarse arrastrándose, pero no llegaron muy lejos: una pequeña mano

marrón agarró a uno de ellos y se la metió en la boca. Luego, hizo lo mismo con el otro. Mirando a Cris a los ojos, masticó los insectos con gusto y emitió débiles ruidos de satisfacción, casi como los chillidos de un búho.

Martín se llevó una mano a la frente.

—¡Eso es asqueroso! —exclamó.

Cris sonrió.

—Estoy de acuerdo —dijo con orgullo—. No es agradable, ¿verdad? Pero ¿viste lo rápida que es?

Martín miró al animal con satisfacción.

—Sí. Y también la he visto masticar a esos insectos por una eternidad. ¡Y cómo canta!

¡Era verdad! ¡Apache cantaba! El sonido que salía de su garganta sonaba casi como una canción.

Cris recogió a su mascota.

—Vamos a ponerla en el agua —dijo—. Después de todo, para eso vinimos aquí. No para comer insectos.

Caminó unos pocos metros hasta el agua y la dejó caer en el borde, donde el agua tenía solo un par de centímetros de profundidad.

Apache nadó con elegancia, moviéndose de un lado a otro. Luego avanzó lentamente, observando las nubes esponjosas en el cielo como si disfrutara de su belleza.

—Tú no me engañas —le dijo Cris—. Los humanos somos las únicas criaturas que apreciamos cosas porque son bonitas. Ese es uno de los regalos especiales de Dios para las personas.

Cris observó a Apache por un rato.

—Martín —llamó suavemente—, ven rápido y mira lo que está haciendo.

—Parece que está barriendo el suelo del arroyo —dijo Martín.

—No lo creo —dijo Cris, manteniendo su vista en las manos de Apache que se movían lentamente sobre la arena—. Más bien parece que está buscando algo más para comer; probablemente insectos.

Los chicos se arrodillaron y miraron al mapache.

—Ojalá tuviéramos algo para ponerle en la mano —dijo Cris, observando a su alrededor.

No pudo encontrar un insecto, pero encontró una pequeña ramita. La empujó dentro del agua y le hizo cosquillas a Apache en el dorso de la mano. ¡*Splash!* Antes de que pudiera retirar la ramita, Apache ya la había agarrado con ambas manos. En un momento, salió del agua y manipuló la ramita, dándole vueltas una y otra vez. Luego la sumergió en el agua y la agitó por todos lados. Mientras tanto, los chicos observaban.

—La está lavando —susurró Martín—. He leído que los mapaches lavan todo antes de comerlo.

—Yo también —dijo Cris—. Leí un montón de libros sobre mapaches ni bien rescatamos a Apache. La mayoría de ellos dice que, en realidad, los mapaches no lavan su comida en la naturaleza. Están jugando. También pueden estar fingiendo que están atrapando algo en el agua.

Apache seguía jugando con la ramita en el agua. Finalmente, la dejó caer y volvió a hacer sus movimientos de barrido y a mirar el cielo. ¡*Splash!* Encontró otro palo en el agua. Acarició el palo como había hecho con la ramita y lo agitó en el agua.

Cris y Martín se prepararon para nadar. Pero, al poco tiempo, Cris escuchó otro chapoteo rápido proveniente del lugar donde jugaba su mascota. Esta vez, Apache tenía algo aún más pequeño entre sus manos. Cris descubrió que había atrapado un pez diminuto, de aproximadamente tres centímetros de largo. El pez se sacudía con la velocidad de un rayo, pero Apache puso el pez en su boca y lo mordió detrás de la cabeza.

Y no volvió a moverse.

Luego, manipuló el pez, apretándolo, una y otra vez. Cuando estuvo satisfecho, lo dejó caer en el agua y lo atrapó de nuevo, lo dejó caer en el agua y lo atrapó de nuevo. También sostuvo el pez en su mano y lo agitó en el agua por un rato. Finalmente, se metió el pez en la boca y comenzó a masticar. Masticó, masticó y masticó...



—Apache, demuestra un poco de educación para comer—dijo Cris—. Trágatelo de una vez. No es tan grande.



De regreso a casa, Apache encontró algo más para jugar. La abuela tenía una gran colección de pavos reales: pavos reales grandes y con plumas, pavos reales diminutos y peludos, pavos reales de porcelana, de cristal y de vidrio. Había pavos reales de todos los tamaños, desde unos veinte centímetros de alto y completamente emplumados hasta dos centímetros y medio de alto y tan delicados que la abuela casi tenía miedo de tocarlos.

Aquel día, Cris entró en la sala de estar y se detuvo en seco. Apache estaba sentada en el sofá sosteniendo un pequeño pavo real de cristal.

—¡Apache!—gritó Cris—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué desobediente eres!

Apache se puso de pie de un salto, movió las orejas hacia atrás y siseó. Pero no soltó la figura de cristal. Parecía tan a la defensiva que Cris no pudo evitar reírse. Sus ojos se dirigieron a la vitrina de un metro y medio de alto donde vivían los quinientos pavos reales de la abuela.

Entonces, entró Santi.

—¡Mira lo que está haciendo tu rata! ¡Abuela! Ven rápido.

Cris le lanzó a Santi una mirada casi tan cruel como la de Apache.

La abuela entró, a toda prisa, miró bien a Apache y se sentó en el sofá, a su lado.

—No hay de qué preocuparse, Cris—dijo—. No lo ha dañado. Pero Apache está toda mojada, y también el sofá.

—Oh, es que Apache ha estado afuera—comentó Cris, recordando las actividades de aquella tarde—. ¿Tú la dejaste entrar, Santi?

Santi sacudió la cabeza.

—¿Has sido tú, abuela?

La abuela también sacudió la cabeza y siguió acariciando al mapache empapado.

—Bueno—dijo Cris—, alguien tiene que haberla dejado entrar a la casa. Y yo no fui.

Nadie parecía muy preocupado por averiguar cómo había hecho Apache para entrar en la casa. La abuela salió de la habitación y regresó con un clip grande de color rosa brillante. Se sentó al lado de Apache y sostuvo el objeto brillante cerca del curioso animalito. Apache se estremeció por un momento. Luego, extendió su pequeña mano marrón y tomó el clip.

—Ahora, ayúdenme a distraer a Apache mientras recupero mi pavo real—susurró la abuela.

Pero eso no sería necesario: Apache tenía un plan para su nuevo juguete. Enseguida, soltó el pavo real, saltó del sofá y corrió hacia la puerta principal, sosteniendo el clip entre los dientes. Una vez frente a la puerta, trepó por la mampara con tanta facilidad como si estuviera caminando por el piso. Se dirigió al picaporte y lo empujó hacia abajo con sus pequeñas manos. Con un empujón, abrió la puerta de par en par, saltó y se alejó rodando hacia el porche.

Cris no podía creer lo que sus ojos veían. Miró a Santi, luego a la abuela, y señaló hacia la puerta.

—¿Han visto eso? ¿Han visto lo que hizo ese mapache?

La abuela asintió. Sus ojos azules brillaron alegremente.

—Logró salir. ¿No es eso ser inteligente?

La abuela asintió de nuevo. Una sonrisa curvó las comisuras de su boca.

—Tu mascota es inteligente, sí. Y fuerte. No es fácil abrir esa puerta de la forma en la que lo hizo.

—¡Es verdad!—exclamó Santi, con alegría—. Ahora ya no puedes mantenerla adentro. ¡Probablemente se escape hoy!

Los ojos cariñosos de la abuela buscaron los de Cris.

—No, no lo hará, amor. Ella quiere estar contigo. Tú eres su cuidador.

Cris tragó saliva.

—Espero que tengas razón, abuela. Será mejor que vaya a buscarla.

Cris encontró a Apache junto a un recipiente de agua que estaba boca abajo.

—¡Ajá! Fuiste a nadar y, de camino a la casa, diste vuelta el tazón, ¿no? —le preguntó a su mascota.

Luego, abrió la canilla y llenó nuevamente el recipiente.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

Rápido como un rayo, Apache sumergió el clip rosa brillante en el agua. Lo agitó un rato. Luego, le dio vueltas una y otra vez. Jugó con él de todas las formas que su pequeña mente de mapache podía imaginar.

Cris la dejó jugando y volvió a la casa. Una vez dentro, observó por la ventana. Cuando Apache se cansó del clip, se metió ella misma en el tazón de agua. Y se dio la vuelta, derramando todo el contenido.

Cris salió y llenó el tazón de nuevo. A partir de ese momento, esta acción se repetiría varias veces al día.

56



Una tarde, Cris escuchó un fuerte grito que provenía de la casa. Apache había trepado por el tejido de la puerta mosquitera, pero no tenía acceso a la manija. Y parecía muy molesta.

LA DIETA DE LOS MAPACHES

Los mapaches son **omnívoros**. Esto quiere decir que comen un poquito de todo. Su dieta se adapta al lugar en el que viven.

Frutas: uvas, manzanas, moras, higos.

Semillas y granos: maíz, bellotas, nueces.

Insectos: escarabajos, grillos y larvas. También comen peces, ranas, cangrejos, ratones y huevos de aves.

En zonas urbanas, suelen revolver la basura y comer, por ejemplo, restos de comida casera, pan, carne, galletas y comida de mascotas.



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Por qué crees que debemos respetar lo que comen los animales, aunque nos parezca raro?

2. ¿Crees que la *curiosidad* es algo bueno o algo malo? ¿Por qué?

3. Completa la frase: La naturaleza nos enseña...

UN SOMBRERO DE MAPACHE

—¡Abuela! —gritó Cris—, ¿tú cerraste la puerta mosquitera?
La abuela salió.

—No, no la cerré. Debe haberse cerrado con el viento. Apache no lo ha tomado muy bien, ¿verdad?

59



Más tarde, Cris tuvo que realizar algunas tareas en el jardín. Apache lo siguió a todas partes y lo observó mientras trabajaba. En un momento, comenzó a arrancar las malas hierbas tal como lo hacía Cris. Finalmente, arrancó una hierba grande y encontró una zanahoria pequeña en su raíz. Apache agarró la zanahoria y corrió hacia el tazón de plástico para lavarla. Más tarde, antes de la cena, Cris encontró a Apache dormida, no dentro de su caja sino sobre ella. Había crecido tanto que ya no cabía dentro. La abrazó y le dijo al oído:

—Vamos a conseguirte una caja más grande.

Fueron juntos al garaje, donde encontró una caja de cartón mucho más grande.

—Esta caja está limpia y en buenas condiciones —le dijo al mapache—. Voy a buscar algunas toallas limpias. No deberás preocuparte si creces un poco más.

Cris dejó la vieja caja en el garaje y acomodó la nueva en el lavadero. Cuando puso a Apache en la nueva caja, ella salió corriendo tan rápido que él pensó que tenía que salir a hacer sus necesidades. Pero corrió hacia la puerta del garaje, y lloró. De pie sobre sus patas traseras, se estiró lo más alto que pudo. Pero no pudo alcanzar la manija de la puerta.

¡Cris no lo podía creer! Apache sabía que los picaportes en las puertas servían para abrirlas. Finalmente, Cris se acercó y abrió la puerta, ella corrió frenéticamente dentro del garaje hasta que vio su vieja caja de dormir. Saltó dentro de ella y miró a Cris, llorando de felicidad. Cris se dio cuenta de que Apache tenía los pies dentro de la caja pero, incluso de pie, el resto de su cuerpo sobresalía por los cuatro costados.

60

—Sé un poco más inteligente, Apache —dijo riendo—. ¿No te das cuenta de que eres demasiado grande para esta caja?

Cris decidió no traer la vieja caja de regreso y Apache decidió no dormir en la nueva. A partir de ese día, durmió en el sofá o en una silla cuando estaba abajo. Por la noche, dormía con Cris. Y siempre se acostaba en el regazo de Cris para mirar televisión con él.



—¿Puedo dormir afuera esta noche? —preguntó Santi—. Hace demasiado calor en mi habitación.

Papá se rascó la barbilla.

—¿Dónde dormirías?

—Oh, en cualquier lugar del patio trasero. Usaré una bolsa de dormir.

Papá miró a Cris.

—¿Qué hay de ti y Apache?

—¡Claro! Suena divertido —dijo Cris.

Cris y Santi sacaron al jardín tanta ropa de cama como para abrigar a todos en el pueblo. Y suficientes cosas como para jugar durante dos días. Y tantos bocadillos como para alimentar a seis niños. Finalmente, los hermanos se metieron en sus bolsas de dormir, pero estaban demasiado emocionados como para dormir. Apache también. Ella seguía olfateando la comida.

Tras algunas horas de diversión, Cris y Santi se durmieron. Pero Cris se despertó un poco más tarde. Escuchó algunos débiles y acallados sonidos, como si alguien se estremeciera en la oscuridad. “Se parecen a los sonidos que hace Apache”, pensó. Aún medio dormido, salió de su bolsa de dormir y siguió los sonidos. No sabía qué podría estarle pasando a Apache.

Los sonidos lo guiaron hasta el arroyo. Pero no encontró a Apache allí. En cambio, un enorme mapache salió a la luz de la luna y caminó por la orilla del arroyo. Tres bebés la siguieron. La madre y los bebés siguieron hablando entre sí. Los tonos, suaves y claros, sonaban como música.

61

Entonces Cris recordó a Apache. Los mapaches pequeños eran exactamente iguales a ella. ¡Tal vez uno de ellos era su mascota! Corrió hasta su bolsa de dormir para ver si Apache seguía allí. Se olvidó por completo de guardar silencio para evitar que su familia despertara. Mientras corría, escuchó un grito agudo proveniente del arroyo y, luego, un silencio total.

Se deslizó dentro de su bolsa de dormir y sintió a su peluda amiga en la parte inferior. Volvió a salir de la bolsa de dormir y se arrodilló en el pasto.

—Jesús—oró en voz alta—, muchas gracias por mi mascota. Gracias por hacer a cada una de tus criaturas tan especiales. Incluso a mí. Por favor, cuida a Apache y no dejes que haga nada riesgoso. Gracias, Jesús.

Y con un gran suspiro de alivio, se quedó dormido.



Al día siguiente, Cris no pudo evitar pensar: "¿Y si Apache decide irse con los mapaches salvajes?"

—Papá —dijo esa tarde—, creo que hay mapaches salvajes viviendo cerca del arroyo. Tengo miedo de que Apache nos abandone y se vaya a vivir con ellos.

—Bueno, hijo —respondió papá—, cuando la adoptaste sabías que no sería para siempre. ¿Recuerdas lo enojado que estabas con los Montgomery por haber atrapado a la mamá de Apache?

—Lo recuerdo muy bien, papá —argumentó Cris—, pero ella tenía miedo. Apache es feliz conmigo.

—Dios hizo a los mapaches para que fueran animales salvajes, Cris. Puede que ella sea lo suficientemente feliz como para quedarse contigo para siempre, pero tiene que ser libre en caso de que cambie de opinión. Sé que nunca la retendrías contra su voluntad.

Papá puso su mano sobre el hombro de Cris.

—¿Por qué no bajamos al arroyo y vemos cómo están esos mapaches?

Cris encerró a Apache adentro e ignoró sus gritos mientras se alejaba.

—Creo que es por aquí —dijo, deteniéndose junto al arroyo. Papá se agachó y avanzó lentamente por la orilla.

—Sí, mira, aquí —dijo papá de inmediato—. ¿Ves estas pequeñas huellas? Parecen pequeñas huellas humanas. Son huellas de mapache, sin duda.

Cris se arrastró de rodillas junto al arroyo.

—Aquí hay huellas más grandes. ¿Ves, papá? Podría ser la madre de Apache —dijo con voz ronca.

Más tarde, cuando Santi se enteró de las huellas, anunció:

—Voy a atrapar a uno de los mapaches pequeños. Entonces tendré una mascota como la tuya, Cris.

—¡No, no vas a atrapar mapaches! —dijo Cris en voz alta—. Esos bebés están con su madre, y deben permanecer con ella.

Papá dejó caer un brazo alrededor del cuello de Santi.

—Cris tiene razón, Santi. Además, nunca serían tan buenas mascotas como Apache. Apache no recuerda a ninguna madre excepto a Cris.

—Si no puedo atrapar mapaches, entonces los alimentaré y los domesticaré a todos —dijo Santi—. Y no intentes detenerme —le dijo a Cris.

Cris miró a papá con desesperación, pero papá sonrió y asintió.

—No veo nada malo en eso, Santi, siempre y cuando no los toques.

—Papá —explicó Cris—, si esos mapaches salvajes vienen, Apache seguramente huirá.

Los ojos de papá adquirieron una mirada cariñosa.

—Vivimos junto a un arroyo, Cris. De una u otra manera, Apache pronto sabrá que hay otros mapaches en los alrededores. Ya sabes lo mucho que le gusta el agua. A medida que crezca, se irá más lejos. Solo sé bueno con ella y probablemente se quedará.



Santi llevó media hogaza de pan al arroyo esa noche. Esparció un abundante rastro de un extremo a otro de la casa.

En el culto vespertino, Cris quería orar para que los mapaches se mantuvieran alejados, pero no pudo. Aunque no le gustaba tenerlos cerca, se daba cuenta de que los mapaches eran el regalo de Dios para Santi. Tal vez, Dios estaba usando a los mapaches para enseñarle a Santi a amar a los animales al igual que lo hacía Cris. Deseaba que Dios pudiera enseñar a todos que los animales eran especiales.



A la mañana siguiente, Santi y Cris corrieron al arroyo. Encontraron que el pan había desaparecido y que había millones de huellas.

—No puedo decidir entre ir al arroyo esta noche y quedarme allí a observar,

o hacer un nuevo camino de migas de pan hasta la casa —dijo Santi a Cris mientras tomaban el desayuno.

—Ve al arroyo —recomendó Cris—. No quiero a los mapaches en la casa. ¿Entiendes?

—Basta, muchachos —dijo la abuela—. Tengo mucho trabajo para hacer hoy y me vendría bien un poco de ayuda. Estamos lavando las ventanas. Ustedes pueden lavar el exterior mientras yo me ocupo del interior. Si trabajamos juntos, podemos dejarlas resplandecientes en un día.

Cris buscó toallas de papel y el líquido limpiador de ventanas. Luego, comenzó con el vidrio de la puerta principal.

La abuela se ocupó del interior. Señaló hacia una esquina superior.

—¿Ves esa mancha? —gritó a través de la puerta.

Ambos frotaron, cada uno de su lado del vidrio, hasta que la mancha desapareció. Luego, se dirigieron a la gran ventana del frente.

Cristuvo que poner mucha atención para pasar por encima de las flores del jardín sin pisarlas y llegar a la ventana. Él y la abuela limpiaron la ventana, cada uno de su lado del vidrio. La abuela señaló una mancha y ambos frotaron la superficie para quitarla.

Entonces, Cris señaló una mancha en la parte superior de la ventana y se estiró lo más alto que pudo para alcanzarla. De repente, Apache lo golpeó en la parte inferior de sus jeans y trepó por su espalda. Esta vez no se detuvo en su cuello, sino que trepó hasta la parte superior de su cabeza. Una vez allí, el mapache se dio vuelta, se aferró firmemente al cabello de Cris con sus cuatro patas y se movió hasta que se sintió cómoda.

—Podrías matar a un hombre de un susto, Apache —murmuró Cris, sin dejar de frotar la ventana.

Entonces vio su reflejo en el vidrio. “¡Oh, esto se ve muy bien! Mi propio sombrero de mapache”, pensó.

Durante el almuerzo, Apache se sentó en el regazo de Cris, donde nadie podía verla, y comió las cortezas de pan que Cris compartía con ella. Cuando la abuela trajo una tarta de cerezas recién hecha, Cris pidió una pequeña porción para Apache.

La abuela cortó una porción, apenas más grande que una rodaja, con tres cerezas. La puso en una servilleta y la colocó al lado del plato del animal. Apache se comió la tarta en menos de dos minutos. Luego, comió las manchas de la servilleta donde la tarta se había servido.

Después de almorzar, Cris agarró un libro, un puñado de galletas y se dirigió a la hamaca. Había leído solo una página cuando oyó que la puerta mosquitera se cerraba de golpe. Un momento después, vio que su mascota se había sentado debajo de la hamaca, y murmuraba sonidos tristes.

—Lo siento —le dijo Cris—. Tendrás que averiguar cómo subir a la hamaca tú sola.

Apache no tardó mucho en subir corriendo al árbol del que colgaba la hamaca. Saltó sobre Cris, se subió y se bajó de todas las maneras posibles. Entonces encontró las galletas. Tomó una y se bajó de la hamaca. Se levantó, corrió por el césped hasta su tazón de agua y comenzó a lavar la galleta una y otra vez.

Pero la galleta se convirtió en trozos blandos que flotaban. Con sus pequeñas manos repentinamente vacías, Apache miró fijamente el tazón, mientras sus manitos morenas seguían buscando una galleta firme y crocante.

Cris escuchó los gritos frenéticos de Apache mientras buscaba la galleta. Saltó de la hamaca y corrió hacia el mapache. Las migas de galleta se esparcían por el agua, pero eran demasiado pequeñas como para atraparlas.

APACHE, EL MAPACHE TRAVIESO

Apache lloró ansiosamente por un momento. Luego sus gritos se volvieron ásperos. Cris se rio y le ofreció otra galleta. Ella tomó la galleta, la dio vuelta y la pasó de una mano a otra. Pero, esta vez, no la puso en el agua.

EL MAPACHE Y SU FAMILIA

La madre y las crías

La mamá es la que cuida sola a sus bebés.

Una camada suele tener entre dos y cinco crías, aunque pueden llegar a siete.

Nacen en primavera y permanecen con su mamá entre ocho y diez meses.

Su mamá les enseña a buscar comida, trepar y reconocer peligros.

Vida de los cachorros

Los hermanitos juegan entre sí para practicar habilidades de caza y defensa.

Emiten chillidos, gorjeos y gruñidos para comunicarse con su mamá.

Duermen juntos y muy apretaditos para mantenerse calientes.

Adultos jóvenes

Cuando crecen, al final del otoño, las crías ya están listas para vivir por su cuenta.

Los machos suelen separarse y volverse solitarios.

Las hembras, en cambio, a veces mantienen lazos con sus hijas en el mismo territorio.

Machos adultos

Normalmente, son solitarios, pero en invierno algunos se agrupan en pequeños "clubes de machos" para mantenerse calientes. Juntos, defienden su territorio de otros machos.

En fin, cuando son pequeños, los mapaches son muy unidos con su familia, pero de adultos en general llevan una vida más independiente.

UN SOMBRERO DE MAPACHE



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Por qué crees que Apache quería volver a su caja vieja?

2. ¿Haz hecho un campamento alguna vez, como Cris y Santi? ¿Qué es lo que más te gusta de estar en la naturaleza?

3. Cris pensó que Dios le estaba enseñando a Santi a amar a los animales. ¿Por qué crees que es importante amar la creación de Dios?



CAPÍTULO 7

APACHE APRENDE A ORAR

Cris tomó la galleta de Apache y la sostuvo sobre el agua. Ella siseó, tomó la galleta y salió corriendo. Aquella noche, durante la cena, Cris contó la aventura de la galleta que había desaparecido en el tazón de agua de Apache. Todos se rieron.

69

—Nunca volverá a jugar con galletas en el agua—dijo papá—. Una cosa que hay que decir de Apache es que aprende todo por las malas, pero tiene buena memoria.

Cris no podía imaginar por qué Apache no se había subido a su regazo esa noche. Ella nunca perdía la oportunidad de comer. Como no aparecía, Cris comió las cortezas de pan solo.

—Abuela, ¿quedó algo de tarta de cerezas? Se me antoja una porción—preguntó Santi cuando todos terminaron de comer.

—Claro que sí.

La abuela desapareció en la cocina y abrió la heladera, luego la cerró.



—Supongo que estaba tan ansiosa por lavar las ventanas que olvidé guardar la tarta en la heladera.

Los chicos la escucharon caminar por la cocina.

—Pero, ¿qué ha ocurrido aquí?—murmuró— ¡Cris, ven pronto!

Cris empujó su silla hacia atrás y corrió hacia la cocina. Santi y papá lo siguieron. Una vez allí, todos fueron testigos de los trozos de pastel de chocolate que cubrían una franja de aproximadamente un metro sobre la mesada. La tarta de cerezas que había sobrado parecía molida. Manchas rojas y muy pegajosas cubrían el suelo.

Cris, con miedo, dirigió su mirada de la abuela a papá y de nuevo a la abuela.

—Supongo que crees que la culpable es Apache—asumió.

Los ojos de la abuela no parecían enojados.

—¿A quién culparías?

Cris asintió.

—Pero ella no lo ha hecho con mala intención.

—Tienes razón—dijo papá—. Por eso, creo que de ahora en más debería quedarse afuera... todo el tiempo.

Cris no podía creer lo que oía.

—No puede, papá. Podría escaparse. Yo pagaré el pastel.

Papá sonrió.

—No estamos discutiendo cuestiones de dinero. El problema es que un animal salvaje que saquea nuestra casa.

—De acuerdo—dijo Cris desesperadamente—, ¿qué tal si llevamos un registro de todo lo que destruya, y yo voy pagando por todos esos gastos?

Papá dejó caer sus hombros y miró a la abuela:

—Es tu turno, mamá. Veamos si tú puedes convencerlo.

La abuela asintió.

—Bueno, no olvidemos que Apache está acostumbrada a vivir en casa. Y Cris la ama.

La expresión de papá se suavizó. Extendió la mano y le dio un apretón en los hombros a la abuela.

—Si tú estás dispuesta a darle otra oportunidad, supongo que yo también. Después de todo, esto es más difícil para ti que para mí.

La abuela alzó las cejas y sus ojos brillaron.

—Yo no estaría tan segura de eso... Cris se encargará de tirar los restos de tarta a la basura, limpiar la mesada y el suelo, y lavar el molde de la tarta.

Luego, la abuela y papá fueron a la sala de estar, y Santi tomó los restos de la tarta.

—Llevaré estos restos de tarta al arroyo—anunció.

Pero Cris lo detuvo.

—No, no lo harás. Yo limpiaré el desorden y yo me quedaré con los restos de tarta. Se los daré a Apache.

Entonces Santi tomó una docena de rebanadas de pan y salió de la casa dando un portazo.

—¡Cris!

“¿Y ahora qué?”, pensó Cris mientras se apresuraba para entrar en la sala de estar.

Una vez allí, la abuela señaló el sofá, donde Apache dormía. Cris se acercó y descubrió por qué la abuela sonaba molesta. ¡Miles de manchas de cereza decoraban la mitad delantera de Apache... y también el sofá debajo de ella!

—Lo limpiaré todo: a Apache y al sofá también, abuela. ¿Con qué los limpio?

—Limpia a Apache como quieras. Para el sofá, puedes usar el detergente de tintorería que está debajo de la mesada.

Cris pasó un buen rato limpiando a Apache y el desorden que había dejado. Pero no le importaba. Por su pequeño amigo peludo valía la pena todo aquel esfuerzo, y más también.

En el culto de esa noche, todos se arrodillaron en círculo para orar, como de costumbre. Durante la oración, Cris sintió que Apache se movía a su lado. En cuanto Santi comenzó a orar, Cris abrió los ojos solo para mirar a Apache. Ella estaba sentada en la alfombra, con las patas traseras estiradas hacia el frente. Había cruzado las manos e inclinado la cabeza. El

corazón de Cris casi se salía de su pecho. Apenas podía esperar a que Santi terminara de orar:

—Papá, abuela, miren a Apache. ¡Rápido! —susurró frenéticamente.

Lograron echarle un vistazo antes de que ella se lanzara a los brazos de Cris.

—Tengo que admitir que es muy tierno—dijo la abuela.

—¿Qué creen que estaba haciendo?—preguntó papá.

—Exactamente lo que entendía que estábamos haciendo—respondió la abuela, pasando su mano por el suave pelaje de Apache.

—Estaba pidiendo perdón por haber causado problemas—dijo Cris.



Dos días después, Cris encontró a papá moviendo todas las revistas que estaban sobre la mesa ratona.

—¿Buscas algo?—preguntó.

Papá levantó la vista y sonrió.

—Sí. Dejé siete dólares, una moneda de cincuenta centavos, una de diez centavos y una de cinco centavos aquí, ayer, para pagarle a la chica del periódico. Los billetes están aquí, pero las monedas, no.

Cris tragó saliva, pues supo de inmediato lo que había sucedido.

—Fue Apache, papá. Iré a buscar algo de dinero para ti.

El alivio iluminó el rostro de papá.

—¡Por supuesto! ¡El mapache! No te preocupes, Cris.

—¿Acaso pensaste otra cosa, papá? Nadie en esta casa robaría dinero jamás.

Papá asintió.

—Lo sé. Pero, por alguna razón, no pensé en Apache.

Cris observó a Apache durante el momento de oración familiar las siguientes noches y pudo comprobar que realmente

cruzaba las manos e inclinaba la cabeza para orar. Cris no podía ver sus ojos, pero estaba seguro de que estaban bien abiertos.

Una noche, mientras Cris oraba, escuchó un suave gorjeo proveniente del mapache. Su pequeño mapache parloteó suavemente hasta que Santi terminó su oración. Entonces dejó de ronronear suavemente y se puso de pie de un salto. ¡Cris no lo podía creer! ¡Ahora Apache también oraba!

Cris tomó a su pequeña e inteligente mascota y se fue a la cama. Agradeció a su Padre celestial por Apache, como siempre. Luego, pensó: "Probablemente sea importante ser un buen ejemplo para las personas que me observan. Es posible que ellas también decidan imitarme, como lo hace Apache".

Cris se acababa de quedar dormido cuando Santi lo sacudió para despertarlo.

—Cris—susurró—, ven rápido. Acabo de alimentar a la madre mapache con mi mano.

Cris se levantó de la cama y se puso los jeans. Luego siguió a Santi hasta el arroyo.

—Siéntate allí—indicó Santi, señalando una gran roca en el césped.

Cris se sentó y observó. Santi no se acercó a la familia de mapaches, sino que se sentó en el césped. Luego, imitó algunos de los sonidos que Apache solía hacer.

La madre mapache ordenó a su hijo que se quedara atrás, luego se acercó y tomó algunos trozos de pan de la mano de Santi, quien se quedó completamente quieto, pero siguió haciendo un suave silbido. Mientras Cris observaba, el mapache se sentó sobre sus patas traseras y apoyó la pata delantera izquierda en el brazo izquierdo de Santi. Con su mano derecha seguía poniendo trozos de pan en su boca.

Cris no podía soportar más la emoción y se arrastró lentamente hacia Santi. Enseguida, el mapache corrió hacia sus bebés y se paró entre ellos y Cris.

—¿Por qué tuviste que arruinarlo?—susurró Santi.

APACHE, EL MAPACHE TRAVIESO

—Yo también quiero alimentarlos —respondió Cris en un susurro.

Los ojos de Santi brillaron a la luz de la luna.

—¡Entonces entra en la casa y alimenta a tu mapache!

¿CÓMO SE COMPORTAN?

Son nocturnos: Esto quiere decir que son más activos de noche, cuando buscan comida.

Curiosos y exploradores: Revisan cada rincón, abren cajones, tapas y hasta cerraduras sencillas.

Habilidades físicas: Sus patas delanteras son muy sensibles. Es casi como si "vieran con ellas". Además, trepan y nadan con facilidad, lo que les ayudan a escapar de depredadores y encontrar alimento.

"Lavan" los alimentos: Suelen mojar objetos o comida en el agua antes de comer. Por eso, algunos los llaman "osos lavadores".

Relaciones: Los cachorros juegan entre sí, lo que les enseña a cazar y defenderse. En cambio, los machos adultos suelen ser solitarios, pero en invierno a veces comparten refugios con otros machos para mantenerse calientes.

Se adaptan: No hibernan, pero en invierno pueden dormir varios días seguidos en su guarida.

Viven tanto en bosques como en ciudades, donde aprenden a hurgar en la basura y hasta conviven cerca de las personas.

76

APACHE APRENDE A ORAR



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Qué significa para ti la oración?

2. ¿Qué lección podemos aprender de nuestros errores, como cuando Apache desordenó la cocina?

3. ¿Ya has tenido que pedir perdón o te pidieron perdón a ti por algo? ¿Por qué crees que es importante perdonar?



CAPÍTULO 8

AVENTURAS EN CLAY CREEK

Cris caminó lentamente de regreso a la casa. Sabía que Santi tenía razón en estar enojado. No había soportado que su hermano alimentara a los mapaches. Él también quería hacerlo. Y la verdad era que no compartía muy bien a Apache.

A la mañana siguiente, todos disfrutaron de pasar tiempo juntos en la mesa del desayuno, disfrutando de los rollos de canela calientes que la abuela había preparado.

—¿Sabías que Santi fue al arroyo anoche?—preguntó Cris.

—No lo sabía—respondió su papá—. Pero no me sorprende. ¿Vio algo?

—¿Que si vio algo?—replicó Cris con los ojos en blanco mientras ponía otro bocado de pan de canela debajo de la mesa para que Apache comiera.

—¡Bocón!—dijo Santi—. Yo mismo quería mostrarles esta noche.

Papá dejó su taza de leche sobre la mesa.

—Puedes mostrarnos esta noche, hijo, pero me has dado curiosidad. Debes haber visto un mapache.

Cris se sintió culpable por haber contado el secreto de Santi.

—Lamento haberlo contado, Santi.

—¡Cállate, Cris! —respondió Santi casi a los gritos—. No te metas con mi mapache.

Santi miró a papá, que aun esperaba una respuesta.

—Sí, papá, le di de comer al mapache. Ella vino directamente hacia mí y puso sus manos en mi brazo. Si no me hubieras hecho prometer que no la tocaría, podría haberla atrapado. Hubiera sido muy fácil.

Cris soltó un fuerte resoplido.

—Claro que podrías haberlo hecho.

Papá empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Basta de peleas. Vayan a prepararse para ir a la iglesia.

Aquel sábado, la lección de Escuela Sabática de Cris resultó ser sobre ser amable con las personas que no son amables.

—Si eres amable, sin importar las circunstancias, la otra persona podrá ver a Jesús en ti —explicó la maestra—. Y esa persona podría ser amable en el futuro.

Cris reflexionó sobre la forma en la que trataba a Santi. “Me esforzaré más para ser amable con Santi de ahora en más”, le prometió a Dios.

Papá bajó la ventanilla mientras conducían a casa desde la iglesia.

—¡Qué día tan hermoso! —dijo, sintiendo la cálida brisa—. ¿Será que podemos organizar un picnic?

La abuela pensó un momento.

—Bueno, tenemos salchichas veganas, pan y algunas latas de legumbres. Creo que será suficiente. ¿Adónde te gustaría ir?

—¿Qué te parece Clay Creek? Es un lugar muy lindo y con sombra. Podríamos hacer una caminata larga después de comer.

Miró a los niños por el espejo retrovisor y sonrió.

—O podríamos quedarnos en casa y dormir una siesta.

—¡De ninguna manera! ¡Hagamos un picnic! —gritó Santi, y se volvió hacia Cris—. Supongo que tú llevarás a tu mapache, mientras que yo ni siquiera puedo tocar el mío.

Por supuesto, Cris llevó a Apache al picnic.

El húmedo y verde campamento lucía acogedor. Grandes árboles daban sombra sobre toda la zona. Las mesas de picnic de cemento estaban limpias.

—¿Quién va a encender la hornalla? —preguntó la abuela mientras sacaba las salchichas veganas de la conservadora azul.

—Yo lo haré —ofreció Cris.

Conectó la garrafa al viejo anafe y se puso a trabajar. Pero entonces Apache comenzó a gemir. Después de unos minutos, Cris no pudo soportarlo.

—Vuelvo enseguida —prometió.

La encontró en el campamento de al lado luchando por dar vuelta una piedra del tamaño de una pelota de fútbol.

—Estás realmente loca —le dijo Cris al pequeño animal peludo mientras daba vuelta la piedra.

Tres insectos negros sorprendidos corrían en círculos, preguntándose dónde había ido a parar su hogar. Apache agarró uno y se lo metió en la boca antes de que Cris pudiera detenerla. El estómago de Cris dio un vuelco cuando ella lo mordió.

—¿Para eso que querías dar vuelta la piedra? —preguntó Cris—. Definitivamente, no compartimos los mismos gustos alimenticios, Apache.

Mientras él hablaba, ella atrapó a los otros dos insectos y se los comió. Luego, Cris corrió de vuelta a la mesa de picnic. Aunque no había tocado esos bichos de aspecto asqueroso, tomó una toalla y se limpió las manos.

Cris controló que la hornalla estuviera encendida en la temperatura adecuada mientras Santi abría las latas de legumbres para el picnic. Por su parte, papá dio vuelta las salchichas en la sartén para que se doraran.

La abuela puso la mesa y sacó una ensalada de requesón, una botella de leche y una sandía. Mientras la familia comía su almuerzo a la sombra, Apache daba vuelta todas las piedritas que había cerca y emitía sonidos que parecían los de

una charla tranquila, pero que, luego, se convertían en fuertes gritos de celebración cuando encontraba bichos.

—Ver a Apache comerse todos esos bichos me quita el apetito —se quejó Santi.

—Pues no la mires —dijo Cris—. Eso es lo que yo hago.

Apache saltó al regazo de Cris. A escondidas, él le convidó la mitad de una salchicha. Ella lamió el pan dos veces y salió corriendo, dejando la comida en la mano de Cris.

Mientras comían la sandía, un perro marrón de tamaño mediano entró corriendo en el campamento, olfateando en busca de comida. Cris le arrojó la mitad de la salchicha que Apache había rechazado. Entonces, se preguntó dónde estaría Apache. Se levantó de la mesa de un salto y empezó a buscarla.

—Santi, ayúdame a encontrar a Apache antes de que lo haga el perro —gritó.

—¿Por qué debería hacerlo? —cuestionó Santi.

Pero, enseguida, se levantó y se alejó en dirección a los árboles.

Cris caminó en dirección contraria hasta llegar al río Clay, que se movía lentamente. El río era poco profundo y tenía unos nueve metros de ancho.

Cris miró por todas partes y finalmente encontró a Apache en un árbol. Se había acercado corriendo sobre una rama rota, en la que se sentó a mirar a Cris.

—¡La encontré! —gritó al resto de la familia.

Luego volvió a centrar su atención en su mascota.

—Es la primera vez que te subes a un árbol —dijo—. ¿Qué se siente estar a esa altura?

Apache se enderezó un poco y emitió un sonido. Cris le tendió la mano.

—Será mejor que te bajes de ahí. Papá quiere dar un paseo.

Apache emitió otro sonido, se sentó y se quedó muy quieta.

—Podría subir a buscarte —le dijo Cris al mapache—, pero esa rama no podría sostener el peso de ambos.

En ese momento, el perro corrió hacia Cris, meneando la cola. Apache vio al perro, gritó y se tiró al suelo. El perro saltó hacia atrás, asustado. Luego, levantó las orejas.

Las patas del mapache apenas tocaban el suelo cuando corrió hacia Cris y trepó a la parte superior de su cabeza. Finalmente, apoyó la cabeza sobre la de Cris y se aferró con fuerza a su cabello, usando las cuatro patas. Desde su nueva posición, emitió gruñidos y chirridos. Para entonces, el perro se había recuperado del susto y comenzó a ladrarle a Apache, rebotando sobre sus patas delanteras cada vez que ladraba.

—¡Basta! —gritó Cris, tratando de controlar la situación y haciendo señas a través de los árboles—. ¡Vete a casa ahora!

El perro siguió ladrando, ignorando los gritos de Cris.

Un momento después, Apache se tiró al suelo y se dirigió al arroyo a una velocidad que asombró a Cris. El perro la siguió. Y Cris corrió justo detrás de ellos.

Apache no se detuvo cuando llegó al agua. El perro tampoco lo hizo. “Dios, por favor, protege a Apache”, rogó Cris, con temor.

A mitad del río, Apache comenzó a nadar en círculos. El perro intentó seguirla, aunque no era tan buen nadador como Apache. Después de varios minutos dando vueltas, el perro se acercó al mapache. Entonces, Apache saltó sobre la cabeza del perro y la hundió bajo el agua.

¿CÓMO SE COMUNICAN?

Los mapaches se comunican de formas muy variadas. Usan sonidos, gestos e incluso olores para "hablar" entre ellos.

Sonidos:

Chillidos y gorjeos: así llaman los bebés a su mamá.

Cruñidos o bufidos: cuando están enojados o quieren ahuyentar a algún depredador.

Silbidos o trinos suaves: entre hermanitos que juegan, o cuando se sienten seguros.

Critos agudos: si están asustados o peleando entre sí.

¡Los mapaches pueden hacer más de 50 tipos de sonidos!

Lenguaje corporal:

Movimientos de la cola: la levantan o la agitan cuando están alertas.

Postura del cuerpo: al defenderse, arquean la espalda y muestran los dientes.

Manos y patas: se tocan, se empujan o se acarician para interactuar, sobre todo entre crías.

Comunicación química:

Usan orina y glándulas para marcar un territorio con su olor.

El olor les dice a otros mapaches quién pasó por ahí y si es macho, hembra o cachorro.

Entre madre e hijos:

La madre usa sonidos suaves y lamidos para tranquilizar a sus bebés.

Los bebés chillan todo el tiempo hasta que reciben atención.

En resumen, los mapaches son muy expresivos: combinan sonidos, gestos y olores para comunicarse, y cada situación tiene su "idioma" propio.



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Por qué Cris tenía miedo de que Apache se fuera con los mapaches salvajes?

2. ¿Por qué crees que es importante respetar la libertad de los animales salvajes?

3. Si pudieras elegir cualquier animal del mundo (puede ser uno salvaje), ¿qué mascota te gustaría tener?



CAPÍTULO 9

EL MISTERIO DEL GRIFO DE AGUA

Cris observaba preocupado desde la orilla. "Ese perro va a lastimar a Apache, ¡sé que lo hará!", pensaba. Pero la cabeza del perro permaneció bajo el agua por más tiempo del que se había imaginado.

—Apache, ven—la llamó.

Ella trino, pero no obedeció. Así que Cris no tuvo otra opción que zambullirse en el agua. Cuando llegó hasta los animales, Apache se subió a su cabeza y le habló suavemente al oído.

Cris ignoró el agua que le corría por la cara. El perro flotaba. Lo agarró, lo jaló hasta la orilla y lo sacó. Un momento después, el perro meneó la cola y lamió la mano de Cris.

Cris se quedó con el perro hasta que pudo pararse nuevamente. Luego, se despidieron y Cris corrió para encontrarse con su familia.

—Apache casi ahoga a ese perro en el río—anunció.

—¡Imposible!—exclamó la abuela.

—Sí, se subió a su cabeza y lo mantuvo bajo el agua—explicó Cris—. Tuve que rescatarlo.

—No me resulta difícil de creer—dijo papá—. Eso es exactamente lo que explica la enciclopedia sobre los mapaches.

Cuando llegaron a casa esa noche, Cris le dio un baño a Apache en la bañera, algo que ella disfrutaba más que cualquier otra cosa. Más tarde, Apache y Cris bajaron a buscar manzanas y palomitas de maíz, y se sentaron a ver la televisión. Después de un rato, Apache saltó del regazo de Cris y corrió hacia el televisor. Se estiró y comenzó a presionar los botones y a cambiar los canales.

—Apache, ¡detente! —gritó Santi.

Apache siseó y gruñó. Luego se dio la vuelta, presionó el botón de apagado y corrió hacia Cris, gimiendo como si sus sentimientos estuvieran heridos. Cris volvió a encender el televisor y Apache se acurrucó cerca de él por el resto de la noche.

—Cris, he estado alimentando a mis mapaches cada noche —anunció Santi una mañana.

—¿De verdad? ¿Los bebés también comen de tu mano?

—Todos lo hacen. Incluso se pelean por el pan —dijo Santi.

Cris estaba a punto de decirle a Santi que dejara a los mapaches en paz, cuando recordó la promesa que había hecho a Dios de intentar ser más amable con su hermano.

—Te felicito —dijo.

Una noche, Cris estaba cepillándose los dientes cuando lo llamaron por teléfono. Cuando terminó de hablar, corrió de vuelta al baño y encontró a Apache sentada al borde del lavamanos, mordisqueando su cepillo de dientes.

—¡Apache! —gritó Cris—. ¡Eso no se hace!

Apache se puso de pie de un salto, y soltó el cepillo. Se enfrentó a Cris y siseó. Su gruñido bajo comenzó en el fondo de su garganta, luego se convirtió en un grito fuerte y, finalmente, se redujo a nada. Entonces, tomó el cepillo y lo abrazó, gimiendo como si hubiera sentido dolor.

El ruido había atraído a la abuela, a papá, e incluso a Santi. Cris tomó a su mascota en brazos y la abrazó.

—Herí sus sentimientos cuando la regañé por morder mi cepillo de dientes —explicó Cris—. No le gusta que la reprendan...

Lo que no logro entender —añadió— es cómo se sube a las mesadas.

—Fácil, seguramente usa los tiradores de los cajones para trepar —explicó la abuela.



Un día, Cris descubrió que el grifo de agua de la canilla del patio estaba abierto. El agua caía sobre el tazón de Apache y salpicaba en todas direcciones. Durante la cena, aprovechó para preguntarle a su familia sobre aquel asunto.

—¿Alguno de ustedes olvidó cerrar el grifo esta tarde?

Todos dijeron que no.

Cris gruñó.

—Bueno, debemos tener más cuidado. Los grifos no se abren solos.

A la mañana siguiente, nuevamente encontró el grifo abierto. Lo cerró. A última hora de la tarde, se dirigió a la hamaca y encontró el agua corriendo de nuevo. "Esto es demasiado", se dijo mientras la cerraba. "Me quedará en la hamaca y veré si puedo averiguar quién está dejando el grifo abierto", planeó.

Al poco tiempo, Apache apareció saltando a través de la puerta mosquitera. Llevaba algo entre las manos. Puso el objeto en el suelo, trepó la canilla y rodeó el grifo con ambas manos. Se aferró con todas sus fuerzas e intentó abrirlo. Le tomó casi un minuto, pero después de una gran lucha, vio salir un fino chorro de agua.

Con un fuerte grito, Apache hizo otro esfuerzo y abrió el grifo por completo. Luego, tomó el objeto que había dejado caer y lo sostuvo bajo el chorro. La fuerza del agua lo arrancó de sus manos y lo hizo caer en el barro que se formaba debajo.

Cris se rio mientras Apache seguía intentando sostener el objeto bajo el fuerte chorro de agua. Pero, entonces, vio lo que ella estaba tratando de lavar: era uno de los pavos reales de cristal de la abuela. Cris saltó de la hamaca, se acercó



precipitadamente y cerró el agua mientras el *pequeño animal* se alejaba. Aparentemente, había perdido el interés en *el juego*.

Cris limpió el pavo real de cristal contra sus jeans y lo guardó en un bolsillo. Tendría que hacer algo con esos pavos *reales...* o con Apache. Luego, siguió a su mascota hasta el arroyo. Ella caminó por la orilla y se metió en el agua, hasta unos quince centímetros de profundidad. Sus ojos miraban hacia arriba. Su mano izquierda se movía de un lado a otro.

Cris la observó hasta que algo atrajo su atención río arriba. Era un pequeño mapache adulto que nadaba en el arroyo y miraba hacia arriba, como Apache.

Cris observó al mapache salvaje por un momento. Luego, sacó a su mascota empapada del agua y corrió hacia la casa.

Aquella noche, en el culto familiar, Cris se disculpó con su familia por acusarlos de dejar el grifo de agua abierto.

—Siempre que suceda algo, lo primero que debemos pensar es fue Apache —concluyó.

92

Luego, relató la historia del mapache salvaje en el arroyo.

—He visto tres mapaches adultos y tres bebés —agregó Santi—. La madre y los bebés se me suben encima cuando los alimento. Uno de los otros adultos come de mi mano, pero está asustado. El tercer mapache adulto corre ni bien me ve.

—Debe haber muchos mapaches por ahí. Ojalá no hubiese ninguno —se lamentó Cris.

—Si así fuera, no tendrías a Apache —dijo papá.

—Ya sabes a qué me refiero. Ojalá fuera el único mapache de la zona.

—A mí me gustan los demás —replicó Santi.

—Bueno, será mejor que sigamos con nuestro culto —dijo papá.

La lección de esa noche era sobre la "regla de oro": "Trata a los demás como te gustaría ser tratado". Cris solo podía pensar en la posibilidad de compartir a Apache con Santi. "Si Santi tuviera a Apache y yo no, ¡me sentiría fatal! Supongo

que debería sentirme feliz de que Santi tenga a los otros mapaches para jugar".

—Los siento, Santi. No he sido bueno compartiendo a Apache —dijo cuando papá terminó—. Puedes jugar con ella cuando quieras.

—Pero ella solo quiere jugar contigo —dijo Santi—. No importa. A mis mapaches les gusto.

Cuando se arrodillaron para orar, el mapache inclinó la cabeza, cruzó las manos y murmuró mientras cada uno elevaba una oración en voz alta. Sin embargo, siempre se sentaba en lugar de arrodillarse. Cris se preguntaba si no se daba cuenta de ello o si sus piernas no estaban diseñadas para arrodillarse.



El cumpleaños de Santi se acercaba. Siempre hacían una fiesta familiar para la ocasión. Cris no tenía mucho dinero, pero se las arregló para comprar tres regalos: un auto de juguete, un libro y una cometa. Consiguió la cometa por menos de la mitad del precio porque el verano casi había terminado.

93

Los sacó de su armario el día del cumpleaños de Santi, los envolvió y los dejó en su cama. La abuela cocinó una pizza especial para esa noche. Todos comieron hasta quedar satisfechos. Todos, menos Apache. Ella solo se sentó sobre el regazo de Cris, debajo de la mesa, y se acurrucó. No quería comer nada, ni siquiera el budín de calabaza de la abuela.

HABILIDADES DE LOS MAPACHES

Los mapaches son famosos por tener unas manos muy hábiles y sensibles, ¡casi como los monos!

Destreza manual: Tienen dedos largos y móviles que les permiten agarrar y girar objetos con mucha precisión. Pueden abrir frascos, cajones e incluso cerraduras simples.

Exploración con el tacto: Sus manos son muy sensibles. Es como si pudieran "ver" con el tacto. Muchas veces toman objetos bajo el agua porque sus manos son más sensibles cuando están mojadas.

Manipulación de alimentos: Pueden pelar frutas, sacar semillas, desprender caparzones de crustáceos y hasta lavar o frotar la comida.

Resolución de problemas: Gracias a sus habilidades manuales y curiosidad, pueden aprender a resolver mecanismos complejos, como abrir basureros, puertas o jaulas.

Coordinación ojo-mano: Combinan su buena visión nocturna con la habilidad de sus manos para cazar pequeños animales o revisar objetos con mucha atención.



HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Alguna vez te han regañado por cometer alguna travesura? ¿Qué crees que intentan enseñarnos cuando lo hacen?
2. ¿Por qué crees que es importante tratar bien a los demás?
3. ¿Cómo puedes ser más amable con tu familia y con tus amigos?



CAPÍTULO 10

MAPACHES Y MÁS MAPACHES

—**M**uy bien —dijo papá cuando todos terminaron de comer—, vamos a buscar los regalos.

Cris corrió tras sus regalos, pero cuando abrió la puerta de su dormitorio, encontró el papel arrancado de todos los paquetes. “Me pregunto si Apache también destrozó las cosas que estaban dentro de cada envoltorio”, pensó, mientras juntaba el papel triturado. “Oh, qué alivio. Los regalos no están rotos. Supongo que solo quería ver qué había en los paquetes”. La noche siguiente, Apache nuevamente se negó a comer.

—¿Crees que está enferma? —le preguntó Cris a la abuela. La abuela palpó la barriga gorda del mapache.

—No —respondió con una sonrisa—. Pero creo que está comiendo algo mejor que lo que nosotros podemos ofrecerle.



Una tarde, Cris extrañó a su pequeña amiga y fue a buscarla.

—Apache... Apache... Ven, Apache —gritó por todo el patio trasero.

Finalmente, escuchó su suave respuesta. Siguiendo sus llamados, se encontró en el jardín, ¡y luego junto al maíz!

Allí estaba, sentada, sosteniendo una mazorca de maíz en el suelo con sus patas traseras. Con la cabeza inclinada hacia un lado, masticaba el maíz como una persona. Cris se echó a reír. Los granos amarillos se le quedaron pegados en la pequeña máscara negra de Apache y le bajaron por el pecho.

—No creo que a papá le guste saber que te estás comiendo el maíz antes de que lo hagamos nosotros —dijo—, pero te ves muy graciosa. Al menos, ahora entiendo por qué ya no quieres cenar.

Un domingo por la tarde, Cris llevó a Apache a visitar a los Montgomery, la familia en cuyo terreno había nacido Apache.

—Es hermosa y grande —dijo la señora Montgomery—. Probablemente pesa entre tres y tres kilos y medio.

Para salir de la duda, la pusieron en la báscula del baño y descubrieron que pesaba más de cuatro kilos, un buen comienzo para los trece kilos que podría llegar a pesar algún día.

La señora Montgomery preparó leche y galletas para todos, incluida Apache. Cris les contó sobre todos los mapaches que habían visto y sobre cómo Santi los estaba domesticando.

—Eso es mucho mejor que atraparlos —asintió el señor Montgomery.

Entonces Cris perdió de vista a Apache.

—Tiene que estar en la casa —aseguró el señor Montgomery.

Luego, llamó desde el comedor:

—La encontré, Cris. ¡Ven rápido!

Cris encontró a Apache sentada en una mesa baja al lado de una pecera. Sus ojos miraban fijamente el papel tapiz que estaba en la parte superior de la pared. Todo su brazo izquierdo estaba dentro del agua y su mano morena se movía de un lado a otro. Dos peces dorados nadaban rápidamente alrededor de la pecera intentando escapar.

—¡Apache! ¡Detente! —exigió Cris—. ¡Eso no se hace!

Apache se detuvo a toda prisa. Sacudió su brazo empapado y le siseó a Cris. Luego, hizo su gruñido habitual, comenzando con un tono bajo que se hizo más fuerte y luego se apagó.

—Vaya, eso sí que suena mal. Será mejor que tengas cuidado cuando crezca —dijo la señora Montgomery.

—No se preocupe. No está verdaderamente enojada. ¡Mire! —dijo Cris, con una sonrisa.

El mapache empezó a hacer ruiditos tristes, saltó de la mesa baja y se subió a su cabeza.

Los Montgomery se rieron y asintieron.

—¿Cuántos peces había en su pecera? —preguntó Cris.

Los Montgomery le aseguraron que Apache no había comido ninguno de sus peces. Finalmente, Cris y Apache emprendieron el camino de regreso. Apache no quería bajarse, así que Cris se fue a casa con un sombrero de mapache.



Una noche, la familia estaba mirando la televisión cuando un movimiento desde el patio atrajo la atención de Cris. Miró más de cerca y vio algo sobre la losa de cemento.

—Papá —susurró—, hay algo afuera.

Un momento después, pudieron ver algunas sombras de mapache. Cris se arrastró sobre manos y rodillas hasta la puerta de vidrio. Allí, vio un animal grande y tres pequeños. Los mapaches no huyeron.

—Esos son mis mapaches —dijo Santi, después de verlos bien—. Creo que quieren entrar. Voy a abrir la puerta.

—No, no lo harás —dijo Cris, saltando frente a Santi.

Pero Santi ya había abierto la puerta. Los mapaches estaban en el porche, parpadeando bajo la luz. No corrieron, pero tampoco se acercaron.

Santi solo tardó un momento en conseguir un poco de pan. Se sentó en la puerta y comenzó a partirlo, repitiendo los sonidos que Cris lo había escuchado hacer aquella noche junto al arroyo. Los mapaches lo reconocieron y tomaron el pan.

Un momento después, Apache descubrió que algo estaba pasando. Y fue entonces cuando vio a la familia de mapaches.

Siseó y gruñó más fuerte y más largo que nunca. La madre mapache emitió un suave grito musical y se acercó a Apache.

Apache saltó y se subió a Cris. Cuando llegó a su cabeza, hundió las cuatro patas en su cabello.

—Vamos arriba —dijo Cris.

Estuvo a punto de decir algo desagradable, pero se contuvo. Le había prometido a Dios que trataría de ser más amable.

Cris tuvo dificultades para conciliar el sueño esa noche. Apache se acurrucó contra su pecho, con la cabeza apoyada en la almohada, debajo de su barbilla. Cris temía que en poco tiempo su pequeña mascota se fuera a vivir con los mapaches salvajes.

La noche siguiente, papá reunió a la familia después del culto.

—Espero que sepan que la felicidad de ustedes es muy importante para mí, muchachos. Están sucediendo cosas muy emocionantes por aquí. Tenemos mapaches por todos lados.

—Solo necesitamos un mapache —insistió Cris.

—Seamos justos, Cris —dijo la abuela—. Si no tuvieras a Apache, estarías emocionado al ver a nuestros pequeños y amigables visitantes.

—Lo sé, pero tengo miedo.

—Bueno, no te preocupes —dijo papá—. Casi todos los animales se mostrarían amigables si la gente los tratara bien. Pero los mapaches son súper amigables y muy inteligentes, por lo cual es fácil domesticarlos. Estos mapaches son un regalo de Dios. Deberíamos agradecerle y disfrutarlos. Y siempre, siempre ser amables con ellos, y con todos los animales. Hace poco, leí sobre un mapache que aprendió a tocar el timbre de una casa para pedir comida. Y sus hijos y nietos hicieron lo mismo durante varias generaciones. Ahora, ¿por qué no disfrutas de Apache? No creo que ella nos deje.

Cris oró al respecto antes de irse a la cama.

—Dios mío —dijo en voz alta—, tú sabes cuánto amo a Apache. ¿La dejarías quedarse conmigo? La cuidaré perfectamente y la mantendré feliz. Gracias, Dios.

Por la noche, Apache siempre dormía con Cris, pero durante el día pasaba gran parte del tiempo en el arroyo.

Los mapaches se acercaban a la casa casi todas las noches, y todos, excepto Cris, los alimentaban y disfrutaban de su presencia. Los bebés eran un poco más pequeños que Apache.

—¿Crees que el mapache salvaje es la madre de Apache?

—preguntó Cris una noche.

Por fin, había logrado formular su pregunta más temida.

—Estoy seguro de que no lo es, hijo. Los mapaches son inusualmente inteligentes. Después de haber sido capturado, ese animal se mantendría alejado de la gente para siempre —dijo papá negando con la cabeza.



Una noche, Santi convenció a los mapaches salvajes para que entraran en la sala de estar. Apache lanzó un grito enfurecido y corrió a la cocina. Cris la encontró agachada sobre su plato de comida. Estaba de cara a la puerta de la sala de estar gimiendo furiosamente mientras vigilaba su plato de comida.

Cris se rio.

—Definitivamente, no te irás con esos animales salvajes, ¿verdad? Te gustan menos que a mí. Serás mi mejor amiga para siempre, ¿no es así, Apache? —dijo tomando a su mascota y llevándola arriba, a la cama.



Apache se quedó con Cris durante varios años. Pasaba mucho tiempo en el arroyo. Finalmente, aprendió a dormir en el arroyo e hizo amistad con los otros mapaches, pero

amaba a Cris y pasaba mucho tiempo con él. Cris también creció y tuvo menos tiempo para jugar. Apache nunca tuvo bebés mientras Cris cuidó de ella.

NECESIDADES ESENCIALES

Refugio

Necesitan un espacio seguro, cálido y seco.

Debe ser lo suficientemente grande para que puedan moverse y trepar.

Ejercicio y estimulación

Son muy inteligentes y curiosos, por lo que requieren actividades que activen su mente, como juguetes resistentes y oportunidades para trepar, explorar y escarbar.

Salud y cuidado

Deben recibir vacunas y desparasitaciones, igual que otros animales.

Es muy importante llevarlos a un veterinario especializado en animales silvestres.

No se recomienda intentar medicarlos o vacunarlos sin supervisión profesional.

Aspectos legales

En muchos países, tener mapaches es ilegal.

Antes de intentar cuidarlos, es muy importante conocer las normas locales de vida silvestre.

Tip final: Lo ideal es que los mapaches sean llevados a su hábitat natural una vez que puedan sobrevivir ellos solitos. Los seres humanos deben intervenir lo menos posible.

102

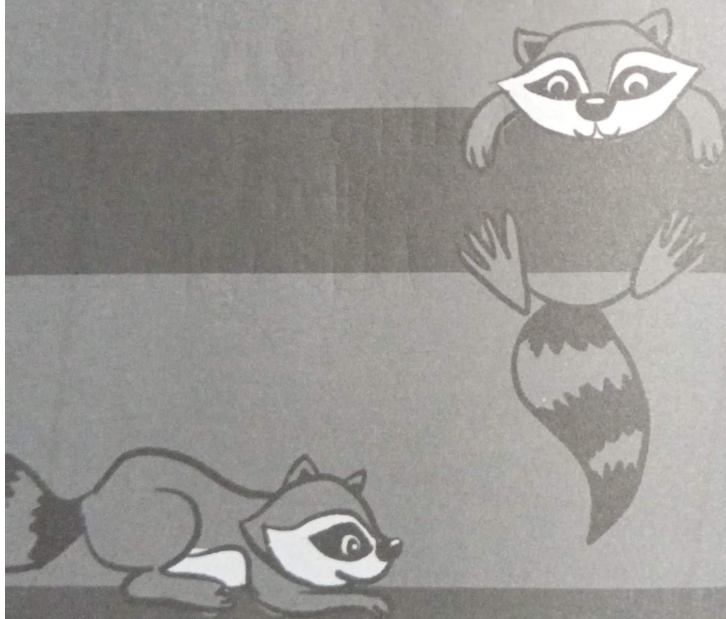


HABLEMOS SOBRE...

1. ¿Qué nos enseña la historia de Cris y Apache acerca de compartir con los demás?

2. ¿Cómo te sientes cuando compartes lo que tienes con otros? ¿Y cuando no comparten contigo?

3. Completa la frase: Los amigos y la familia son importantes porque...



¡A JUGAR!

¡Hora de la misión exploradora! Cada actividad está relacionada con un capítulo de la historia. Si quieres, puedes volver a leerlos para descubrir pistas y encontrar las respuestas. ¡Acepta el desafío y diviértete resolviéndolas!

105

Puedes encontrar las respuestas a partir de la página 116.

A. Contesta las preguntas en los casilleros correspondientes para descubrir la palabra oculta. Si no recuerdas alguna respuesta, puedes volver a leer el capítulo 1 y la información sobre los mapaches que aparece al final de cada capítulo.

106

1	M								
2	A	B	U	E	L	A			
3	P	R	O	C	Y	O	N	L	O
4	P	E	R	S	A				
5	C	A	M	I	S	A			
6	L	E	C	H	E				
7	M	A	D	R	I	G	U	E	R

1. ¿Cuál es el apellido del señor que atrapó al mapache?
2. ¿Quién ayudó a Cris con la decisión de adoptar al animalito?
3. ¿Cómo es el nombre científico de los mapaches?
4. ¿Qué tipo de gatos criaba la señora Dearborn?
5. ¿Dónde metió Cris al mapache para llevárselo?
6. ¿Con qué alimentaban al mapache?
7. ¿Cómo se llama el lugar en el que duermen los mapaches salvajes?

B. Encuentra todas las palabras escondidas en la sopa de letras.

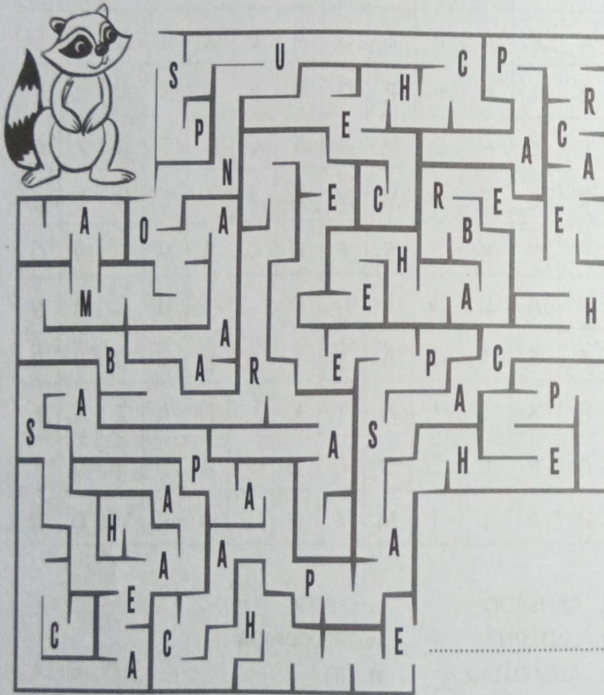
Bonus: usa un color diferente para marcar los sustantivos, otro para los adjetivos y otro para los verbos.

V	E	Ñ	S	U	M	C	O	M	E	R	P	K
A	F	A	P	E	G	A	L	X	P	A	J	L
B	I	B	E	R	Ó	N	B	C	H	Ñ	U	E
P	E	H	Q	M	A	S	C	O	T	A	Z	A
R	L	S	U	V	M	A	P	A	C	H	E	S
E	G	K	E	S	F	D	O	R	M	I	R	O
P	A	U	Ñ	L	U	O	J	I	U	S	Á	N
A	S	T	O	A	L	L	A	H	V	U	P	R
R	X	L	I	N	T	E	R	N	A	Z	I	E
A	P	R	E	O	C	U	P	A	D	A	D	I
R	A	L	I	M	E	N	T	A	R	W	O	R

- | | |
|--------------|----------------|
| 1. CANSADO | 9. COMER |
| 2. LINTERNA | 10. PREOCUPADA |
| 3. ALIMENTAR | 11. FIEL |
| 4. TOALLA | 12. PEQUEÑO |
| 5. MASCOTA | 13. MAPACHES |
| 6. SONREIR | 14. PREPARAR |
| 7. RÁPIDO | 15. DORMIR |
| 8. BIBERÓN | |



C. Resuelve el laberinto reuniendo las letras que forman el nombre que Cris le puso a su mapache. ¡Una ayudita!: La frase comienza diciendo: "Su nombre es..."



108

CAPÍTULO 3

D. Une con flechas cada parte para completar correctamente las frases sobre Apache. ¿Cuánto sabes sobre nuestra amiga?

SUS MANOS SON

ESCALERAS

CUANDO CREZCA,
QUERRÁ SER

ARROYO

CAYÓ POR LAS

CAJA DE ARENA

APRENDIÓ A USAR LA

MARRONES

LE GUSTABA
VISITAR EL

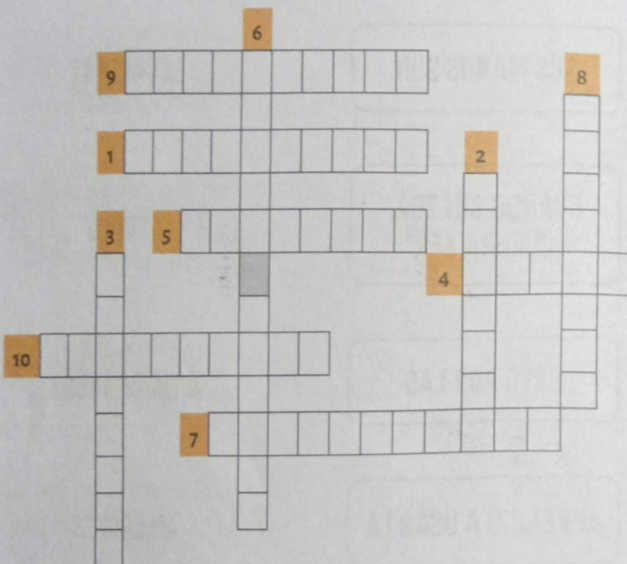
LIBRE

109



CAPÍTULO 4

E. Completa en los casilleros la última palabra de cada frase.
 ¡Pista!: son frases que leíste en el capítulo 5.

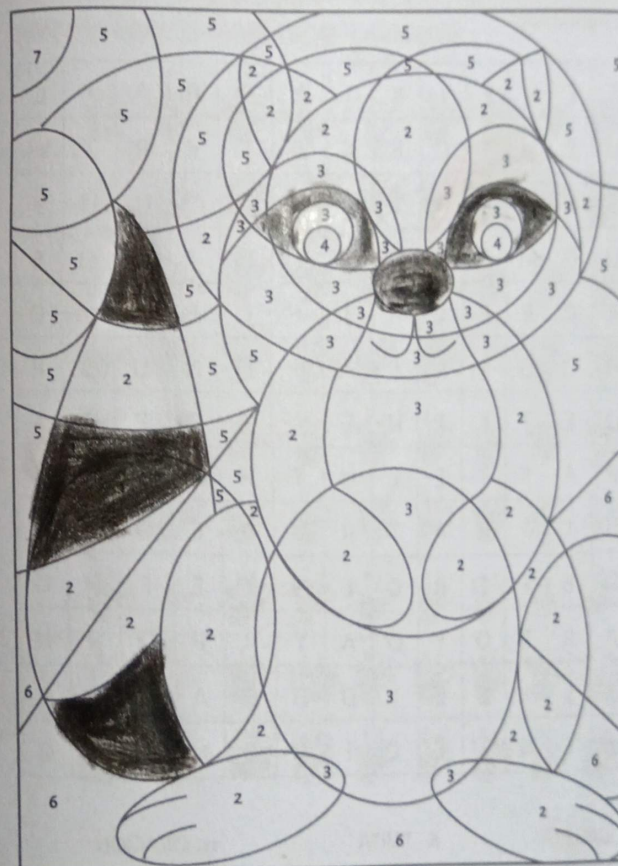


1. Cris acercó el biberón hacia Apache de manera que no pudiera ver la...
2. El sonido que salía de su garganta sonaba casi como una...
3. Más bien parece que está buscando algo más para comer; probablemente...
4. Cris y Martín se prepararon para...
5. Finalmente, se metió el pez en la boca y comenzó a...
6. La abuela tenía una gran colección de...
7. Sus ojos azules brillaron...
8. Ella quiere estar contigo. Tú eres su...
9. Luego, abrió la canilla y llenó nuevamente el...
10. Apache había trepado por el tejido de la puerta...

110

CAPÍTULO 5

F. Pinta a Apache siguiendo los colores de referencia. Cada número es un color diferente.



1. ●
2. ●
3. ○
4. ●
5. ●
6. ●
7. ●

111

CAPÍTULO 6

G. Explora la sopa de letras y encuentra todas las palabras escondidas: pueden aparecer en forma vertical, horizontal o diagonal. Cuando descubras alguna que no conozcas, ¡investiga su significado!

S	E	V	Y	I	K	T	X	P	R	A	Y	C
U	C	H	I	C	E	X	A	E	Y	R	T	W
S	H	G	U	A	T	C	M	R	Q	U	H	Y
U	O	M	A	R	R	O	I	D	T	E	O	S
R	C	P	E	L	A	J	E	Ó	B	A	M	O
R	O	G	I	A	L	W	H	N	N	U	B	R
O	L	T	K	P	H	E	L	A	D	E	R	A
P	A	S	T	E	L	U	T	R	M	I	O	C
U	T	F	R	A	T	R	U	A	S	O	S	I
D	E	T	E	R	G	E	N	T	E	F	H	Ó
A	R	R	O	Y	O	A	Y	R	P	O	R	N
Z	S	I	L	B	I	D	O	G	A	X	N	E
W	I	N	T	E	L	I	G	E	N	T	E	O

- | | | |
|--------------|---------------|-----------------|
| 1. CALLETA | 6. TARTA | 11. ORACIÓN |
| 2. HELADERA | 7. PERDÓN | 12. ARROYO |
| 3. CHOCOLATE | 8. DETERGENTE | 13. SUSURRO |
| 4. PASTEL | 9. PELAJE | 14. INTELIGENTE |
| 5. HOMBROS | 10. PAN | 15. SILBIDO |

H. Apache es muy especial para Cris, tanto que podría reconocerla por sus huellas. Observa con atención y encuentra cuáles no pertenecen a nuestra amiga. Márcalas y escribe más abajo a quién corresponden realmente esas huellas.



- | | | |
|----------|----------|----------|
| 1. _____ | 4. _____ | 7. _____ |
| 2. _____ | 5. _____ | 8. _____ |
| 3. _____ | 6. _____ | 9. _____ |

714

MARRÓN

CAPÍTULO 9

115



CAPÍTULO 10



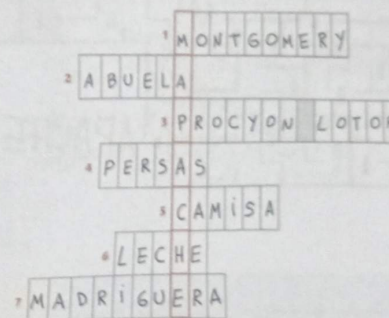
RESPUESTAS

116

A. Página 106:

1. MONTGOMERY
2. ABUELA
3. PROCYON LOTOR
4. PERSAS
5. CAMISA
6. LECHE
7. MADRIGUERA

SE FORMA LA PALABRA: **MAPACHE**

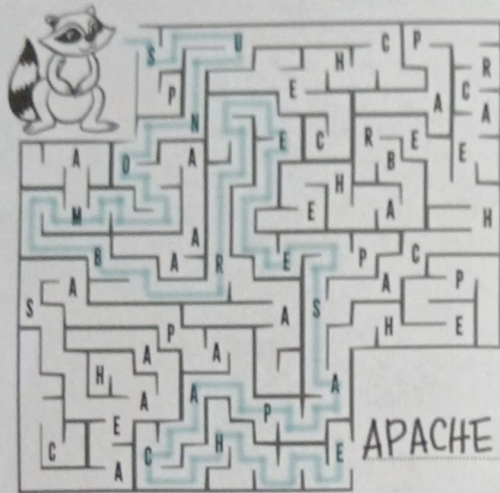


117

B. Página 107:

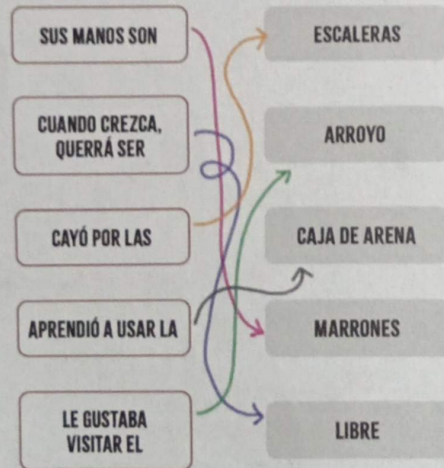
V	E	Ñ	S	U	M	C	O	M	E	R	P	K
A	F	A	P	E	G	A	L	X	P	A	J	L
B	I	B	E	R	O	N	B	C	H	Ñ	U	E
P	E	H	Q	M	A	S	C	O	T	A	Z	A
R	L	S	U	V	M	A	P	A	C	H	E	S
E	G	K	E	S	F	O	R	M	I	R	O	
P	A	U	Ñ	L	U	O	J	I	U	S	A	N
A	S	T	O	A	L	L	A	H	V	U	P	R
R	X	L	I	N	T	E	R	N	A	Z	I	E
A	P	R	E	O	C	U	P	A	D	A	D	I
R	A	L	I	M	E	N	T	A	R	W	O	R

C. Página 108:

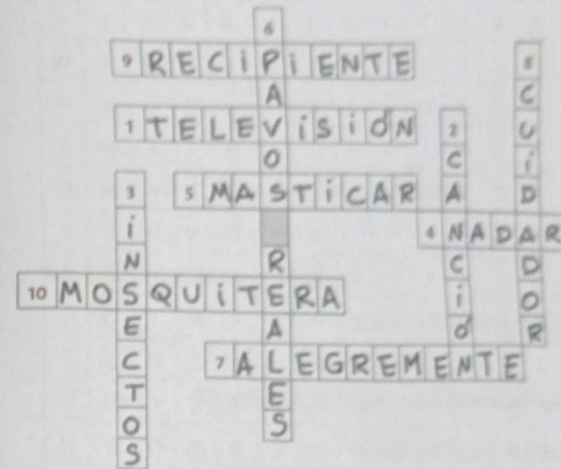


118

D. Página 109:



E. Página 110:



F. Página 111:



G. Página 112:

S	E	V	Y	I	K	T	X	P	R	A	Y	C
U	C	H	I	C	E	X	A	E	Y	R	T	W
S	H	G	U	A	T	C	M	R	Q	U	H	Y
U	O	M	A	R	R	O	I	D	T	E	O	S
R	C	P	E	L	A	J	E	Ó	B	A	M	O
R	O	G	I	A	L	W	H	N	N	U	B	R
O	L	T	K	P	H	E	L	A	D	E	R	A
P	A	S	T	E	L	U	T	R	M	I	O	C
U	T	F	R	A	T	R	U	A	S	O	S	I
D	E	T	E	R	G	E	N	T	E	F	H	Ó
A	R	R	O	Y	O	A	Y	R	P	O	R	N
Z	S	I	L	B	I	D	O	G	A	X	N	E
W	I	N	T	E	L	I	G	E	N	T	E	O

120

H. Página 113:



1. PATO
2. GATO
3. HUMANO

4. HALCÓN
5. LOBO
6. CABALLO

7. GALLINA
8. OSO
9. ELEFANTE

APACHE

EL MAPACHE TRAVIESO

Un niño. Un bebé mapache.
Todo un verano lleno de diversión.

¿Alguna vez soñaste con tener una mascota diferente, traviesa y llena de sorpresas? Eso fue exactamente lo que le ocurrió a Cris, un niño curioso que un día encontró un bebé mapache abandonado. Solo y débil, el pequeño animalito parecía no tener ninguna oportunidad... hasta que Cris decidió cuidarlo con todo su amor y valentía.

Así comienza la tierna historia de Apache, un mapache inteligente, juguetón ¡y muy travieso! Entre carcajadas y desastres, Cris descubrirá que cuidar a un animal no es solo diversión: también significa paciencia, esfuerzo y, sobre todo, mucho amor.

¡Acompaña a Cris y a su nuevo y peludo mejor amigo en una aventura inolvidable, en la que descubrirás la belleza y la importancia de cuidar de la creación de Dios!

